CENIT

sociología
ciencia — literatura

Sumario

Plácido Bravo: Hoja por hoja.

Ildefonso: «La Protesta» en su 65 aniversario.

Floreal Ocaña: Nace el Hombre-cósmico.

Eusebio C. Carbo: Los «modernos» abominan francamente del clasicismo.

V. M.: Claude Tillier.

Severino Campos: La estatificación del hombre.

R. M. P. y M.: La vida y los libros.

Abarrategui: Alas sin cielo.

Fabio Luz, padre e hijo.

Han Ryner: El rebaño que bala.

Herbert Spencer: La creencia.

Jovellanos.

Puyol: Mi caja de estampas.

Denis: El crítico.

Víctor García: El pensamiento anarquista (folletón).

140

AGOSTO · 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

NUESTRA PORTADA

El Charlot de los 21 años que vemos en la portada tiene el semblante de la bondad y el retiro, de la timidez y la indiferencia. Sin embargo, cuán diferente ha sido su obra.

En cualquier de las películas proyectadas por Charlot surge potente la bondad, pero no el aislamiento, el atrevimiento y no la timidez, las sublimes preocupaciones de regeneración humana y no la indiferencia.

La recia personalidad de este hombre acredita muy bien su origen judío. Cualidad principal: gran corazón e incansable tenacidad.

Antes que nadie fue Charlot quien engrandenció al séptimo arte. Para los niños de siete y quince años, las aventuras de Charlot influían más que la monotonía litúrgica del cura en párvulos y escuelas graduadas. Tarzán y Charlot eran más conocidos que Cristo y la libertad de amar de su madre.

Viendo a Charlot en la pantalla uno descubre el equilibrio, la ironía, el creador; la lucha y la manera de luchar, lo mismo contra los gobiernos como contra la insaciable sed de mando de los hombres de ídem. ES LA CRIATURA FRENTE A TODO, ES DAVID FRENTE A GOLIAT, ES EL ANARQUISTA FRENTE A LA SOCIEDAD CORRUPTA.

En estos momentos en que se anuncian sus memorias, CENIT se honra dedicándole una portada a tan insigne educador.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.
Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.
Número suelto, 1 NF.
Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.
Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - MADRID-4 - 3.º doha.

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XII Toulouse, Agosto 1962 Nº 140

HOJA POR HOJA

CARAS RAZONES, LAS INTERESADAS

DECÍA cierto autor —para mí difícil de desautorizar, pues que no tengo ni pizca de autoridad en la materia— que si el fenicio Cadmus introdujo los signos alfabéticos en Grecia, fue con propósitos materialistas, interesado como estaba en facilitar las transacciones comerciales entre los pueblos euro-asiáticos. Gracias a su sistema facilitóse lo que hoy llamamos: hipoteca, testamento, letra de cambio, etcétera. Complemento vino a ser lo que luego nos endilgaron sus compatriotas al desparramar sus signos monetarios, pues por ello fue posible el crédito y la credulidad, a base de factorías y bancas.

Pero lo cierto para mí es que el viejo Cadmus debía sospechar, por lo menos, que su valiosa introducción alcanzaría mayores vuelos en los intercambios de ideas o en las operaciones espirituales; pues imposible imaginar, sin su aportación, la precisión, sutileza y coherencia, la velocidad y longevidad alcanzadas por el lenguaje humano, escrito o hablado. Esta supremacía del hombre que le permite traducir lo que siente, descifrar lo que otros piensan y finalmente expresar sus aspiraciones o evocar sus recuerdos. Suprema síntesis facilitada por el lenguaje.

Así que, sin negar las pingües fortunas amasadas por los financieros y comerciantes de Sidón y Firo, más afortunados, creo yo, debieron sentirse los filósofos y dramaturgos de Atenas con el regalo de Cadmus, y de los cuales nosotros hemos heredado sus diálogos y sus decálogos, sus comedias y sus tragedias.

Ahora bien, lo que no entra en mi ánimo, pues necio sería negarlo, es que a pesar de la ofrenda de Cadmus, y de los felices hallazgos de Gutenberg, Edison y Marconi, el pensamiento y el lenguaje de nuestra época siguen arrastrándose por inmundos lodazales; pues pese a la acumulación de vocablos expresivos, a la técnica gramatical alcanzada por los diversos lenguajes y a la ciencia lograda por el pensamiento humano, el hombre sigue expresándose como un párvulo, pero algunos de ellos como párvulos malvados.

En efecto, por ahí andan infinidad de malabaristas de la elocuencia, con mucha gramática parda, oblicuando razones y confundiendo verdades. Que siguen alzando fronteras o bajando telones, ar-

Por ahí andan infinidad de malabaristas de la elocuencia, con mucha gramática parda, oblicuando razones y confundiendo verdades.

mando los cuerpos de censores de tijeras formidables, que ven peros y pelos aun en los pensamientos más calvos, creando intereses a mares y trazando dogmas selváticos, y en cuya defensa el raciocinio se pierde o naufraga.

Razones que so pretexto de defender lo mío te arrebaten lo tuyo. Razones que escapan a la lógica filosófica, que cocean contra la justicia social, cornean los principios científicos, pisotean las más elementales leyes artísticas y sólo entroncan con nuestro interés inmediato. Razones que si convencen a pocos y a nadie persuaden, y vencen a los más osados; por aquello que detrás de ellas están el cayato, el báculo u otros garrotes más o menos viles.

Pero en este torneo de razones, son, indudablemente, los estadistas quienes se llevan el campeonato. Las razones de Estado son algo tabú; por eso sus defensores no hablan, ni piensan, ni discurren como los demás mortales.

Probáronlo ha poco, irrefutablemente, los mentores castrenses de cierto Pentágono, al aconsejar a los dirigentes políticos de la Casa Blanca ciertas fórmulas insensatas. Y olvidando las primeras nociones matemáticas de Pitágoras y las más elementales de la geometría de Euclides, estos hombres que de álgebra y trigonometría hacen alardes, tuvieron, para que les salieran sus cuentas galanas con respecto a España, que contar así: cien fascistas de la peor ralea multiplicados por diez mil antifascistas de la más pura cepa, es igual a un millón de soldados para defender la democracia dolariana. Y en búsqueda obsesionante de bases, llegan a olvidar los cimientos, que es tanto como buscar la redondez de la pirámide o la cúspide de la esfera. No es de extrañar, pues, que con tales contables y estrategas haya que lamentar en breve resbalones fatales, o sea, seguidos de fracturas dijera el rey Pirro: «Otra victoria como ésta y estamos perdidos.»

Peligroso juego éste del pierdo ganando. Como mortales.

Y lo peor es que haya gentes que por ellos se pirren.

PLACIDO BRAVO

VOCEROS DE LA ANARQUIA

POR ILDEFONSO

«La Protesta» en su 65 aniversario

1897 - JUNIO - 1962

LAS jóvenes generaciones de militantes que se incorporaron a la lucha social después de la segunda guerra mundial desconocen toda una época fecunda en hechos y en hombres. Un profundo apagón cubrió el mundo y algo como un cataclismo destruyó contactos, actividades, proyectos y realizaciones, bibliotecas, archivos e innúmeras vidas de una suerte de combatientes que no figuran en los partes de guerra: los que no adoptaban patria ni aceptaban otra bandera que la de la LIBERTAD. Aquí o en América los hay que sólo conocen de oídas los momentos crueles, verdaderamente dantescos, por los que atravesó la humanidad en casi dos décadas y media, partiendo del 1930. En verdad las fuerzas negras comienzan a desatarse y a cobrar vigor y violencia al inmediato de la Revolución rusa, en reacción defensiva primero y francamente ofensiva luego contra la Revolución Social, anunciada desde fines del siglo pasado a toque de trompeta por parte de los más insignes teóricos y luchadores de aquel tiempo.

Estas generaciones de jóvenes no pueden tener una idea de la importancia ni de la influencia internacional que adquirió **La Protesta** en los medios obreros y anarquistas. En parte era ello posible por tratarse de un diario. La regularidad y la persistencia cotidiana cobra valor siempre ascendente. Lo vemos hoy en el movimiento francés, aislado y cada día menos conocido por carencia de un vocero que mantenga ingente contacto popular y que ofrezca una orientación permanente, de diaria constancia, ante los acontecimientos que no se detienen, que no se pueden detener ni contener. La influencia y el prestigio de **La Protesta** se afirmaba porque se había sabido rodearla y nutrirla de colaboradores de primer plan y de todos los rincones del globo. Sus redactores supieron mantener un órgano vivo, «actual» en su tiempo, abierto a todas las preocupaciones, en un continuo forjar de ideas, en un afán de investigación, de examen, de permanente renovación de conceptos, en procura siempre de las soluciones que a la cuestión social no dará la revolución —la mítica— si ésta no se halla previamente madurada en el cerebro y en la conciencia de sus promotores.

Decía Ugo FEDELI, quien desde lejanos tiempos colaboró a esta publicación: «Por muchos años, especialmente los que corren entre las dos guerras mundiales, el diario y las iniciativas de **La Protesta** han sido verdaderas y útiles palestras abiertas a todas las tendencias del anarquismo social, y de su escuela y de su redacción saldrán algunos hombres que se encontrarán después en el primer plano de la revolución de España. Y es en la voluminosa e importantísima colección de este diario que el estudioso, cualquiera que desee conocer ideas y movimientos anarquistas de la primera mitad de nuestro siglo, encontrará elementos para estudiar y comprender hombres, cosas y acontecimientos. Porque, no obstante las derrotas, **La Protesta** ha resurgido siempre y todavía hoy es como un faro que ilumina nuestra senda.» (Pág. 34. **Suplemento, 1957.** Buenos Aires.)

∴

Veterano entre los voceros veteranos del anarquismo internacional, **La Protesta**, de Buenos Aires, cumplió este 13 de junio de 1962, sus sesenta y cinco aniversario. Se codea en años con **Freedom**, fundado en Londres con la participación de Kropotkin en 1884; con **Recht voor Allen**, que comenzó a ver la luz en La Haya allá por el 1885; con **Le Libertaire**, fundado por Luisa Michel y Sebastián Faure en 1895, y que encuentra un precedente nada menos que en 1858-1861, en **Le Libertaire** —«Journal du mouvement social—, New York; con **L'Adunata dei Refrattari**, que se halla en sus cuarenta primaveras de sostenida existencia, siendo, a su vez, continuador de **Cronache sovversive** fundada por Galleani en 1903 (al 1919), en Barre Vermont (U.S.A.), siendo a su vez éste la continuación de **La Question Social**, fundada en marzo de 1885 en Torino (que sustituía a su vez a **Proximus Tuus**, del que seguía su numeración) y que aparece en su segunda época en Paterson, desde 1901 al 1903, siempre dirigida por Galleani; no olvidaremos la publicación bilingüe **Le Réveil, Il Risveglio**, fundada por Luiggi Bertoni al nacer este siglo, que en 58 años de su vida tuvo una corta reaparición y se halla hoy nuevamente en suspenso.

DE EL «PERSEGUIDO» A «LA PROTESTA HUMANA»

Podría considerarse **La Protesta** como una prolongación de **El Perseguido**, que vio la luz por primera vez el 18 de mayo de 1890, manteniéndose hasta el 31 de enero de 1897. Podemos atribuir esta correlación porque los dos se reclaman de la misma tendencia comunista-anárquica y porque fundadores del primero forman parte del segundo.

El 13 de junio de 1897 se inicia en Buenos Aires la publicación de **La Protesta humana**. Su primer director es un ebanista catalán: Gregorio Inglán Lafarga. A través de su larga y accidentada historia ocupan su dirección firmas tan valiosas como las

de Jean Crehage, José Prat, Enrique Nido, Eduardo Gilimón, Alberto Girarlo, R. González Pacheco, Florencio Sáncheá, quien en ocasiones llegó a escribir todo el periódico él solo. José María Acha, E. López Arango, Diego Abad de Santillán, limitándonos a citar los más conocidos. Como colaboradores directos contó desde sus viejos tiempos con Malatesta, Esteve, Gori, Mella, Guaglianone, José Ingenieros, F. Basterra, Pellicer, Julio Camba, Zamboni, Maturna, Hucha, Onrubia, J. R. Barcos, Carulla, Quiroule, Antilli, Montemayor (O'Ristor), Jean Grave, Kropotkin, Virgilia D'Andrea, Borghi, Gigi, Damiani, A. Meschi, Roberto D'Amicis, Bastian, Colomer, Armand, Han Ryner, Acharia, Lu-Chien-Bo, Bertoni, Berneri, Luigi Fabbri, Luce, Fabbri, Hugo Treni (Fedeli Max Nettlau, Bernard de Ligt, Ernestan, Hem Day, R. Rocker, Leo Campión, S. Faure, A. Souchy, L. Lecoin, M. Villar, etc. A través de los años la lista de los colaboradores se ampliaba a la vez que se ampliaba el radio de acción y de interés despertado por la publicación en sus diversas fases y aspectos. Es así como a través de sus columnas hemos llegado a conocer por vez primera a Damela Niewenhuis, Cornelise, Pierre Ramus, Pierre Besnard, A. Gorelick, Voline, Schapiro, Archinoff, Maximoff, Mackno, E. Goldman, A. Berkman, L. Chorny y tantos otros que escapan a nuestra memoria.

Por entonces y hasta bien entrado el siglo la emigración era libre hacia los países de América. Se viajaba casi sin inconveniente de país a país, de continente a continente. Podríamos decir que la Primera Internacional nació en una época de internacionalismo practicable y practicado. En no importa que rincón del continente americano se constituían verdaderas colonias de emigrantes de lenguas diversas. Era tal su densidad que ello permitía dar vida a publicaciones ideológicas o políticas en una profusión asombrosa, como era el caso en Argentina o en Estados Unidos. El naciente movimiento anarquista argentino recibió la visita, la aportación y la influencia directa y personal de propagandistas magníficos que se fundieron o se integraron inmediatamente a todas las actividades posibles. Los militantes españoles y los italianos se hallaban en un ambiente próximo al de sus temperamentos ingénitos. Los primeros encontraban la ventaja de una misma lengua. Los segundos, una vasta colonia de emigrados y una lengua que asimilaban fácilmente. Malatesta y Gori, principalmente el primero, han sido incontestablemente los que han dejado más huellas de su paso.

Sobre estas favorables circunstancias dice D. A. de Santillán en la página 36 del volumen titulado **Certamen Internacional de «La Protesta»** (1):

«Malatesta llegó a Buenos Aires a comienzos de 1885. Con uno de sus amgios de Italia, Francesco Matta, tuvo un pequeño taller mecánico. Hizo también una expedición a la Patagonia. Quedó en el país hasta mediados de 1859. En ese tiempo realizó una excelente propaganda, fundando **La questione sociale**, en español y en italiano. Contribuyó a formar el premio de panaderos con Hectos Mattée y otros emigrados en agosto de 1887. A Malatesta se debe en gran parte la temprana prevalencia de los anarquistas en las luchas sociales de la Argentina, porque las corrientes autoritarias del socialismo, que no habían nunca disfrutado en el país de grandes simpatías, no pudieron ofrecer una propaganda oral y escrita tan sólida como la desarrollada por Malatesta»...

En la página 38, del mismo volumen, anota Santillán:

«En junio de 1898, poco después de irse José Prat, llegó a la Argentina un gran propagandista de la anarquía: Pietro Gori. Por su elocuencia, por sus conocimientos, por sus cualidades personales; Gori se convirtió de inmediato en el centro de la vida intelectual del país. En noviembre de 1898 sacó Gori el primer número de **Criminología moderna**, que tuvo un éxito considerable como exponente de nuestras ideas. Así fue Gori el iniciador de una vasta corriente de estudios penales y psicológicos a la cual quedó ligado íntimamente José Ingenieros. No quedó una ciudad importante del país donde no acudiera Gori a dar conferencias; no se había conocido un orador de su talla y la popularidad que disfrutó el anarquismo en la Argentina se debió a la labor brillante del gran propagandista.»

Encontramos confirmación en los recuerdos dejados por E. Gilimón y, sobre todo, en las notas de M. Nettlau, que nos aportan un rico caudal de nombres y de fechas y —en garantía incontrovertible— una cantidad de títulos de publicaciones editadas en la Argentina y otros países de América, cada una en lenguas distintas.

***

Indudablemente, las pruebas abundan, eran aquellos unos tiempos fecundos para la propagación de las ideas subversivas. Ya fuera por las condiciones de la época, enfrentada a grandes transformaciones políticas y económicas o por el entusiasmo revolucionario que supieron suscitar los internacionalistas, puede situarse el período que va desde 1870 hasta 1920, entre los más extraordinarios para la propaganda y la progresión de las ideas y de las organizaciones anarquistas.

No eran aquellos días idílicos, reflejo de calma ni de reposada siembra ideológica. Cada jalón requería particular esfuerzo y a menudo se lograba tras ardiente batalla. Se vivía una psicosis revolucionaria de la que quedó impregnada toda la literatura de la época y sobre todo la prensa libertaria de todos los países. La propaganda y la acción se inspiraban en la idea de una revolución cercana, inminente, incontenible e irrebatible. Se afianzaba en reivindicativos planteados por un proletariado que entraba en la lid con un sentido que hoy se desconoce en las luchas obreras. Parecía que el movimiento obrero tomaba confianza en su propia fuerza, daba idea de que adquiría una conciencia social

(1) Certamen Internacional de *La Protesta*. En ocasión del 30 aniversario de su fundación, 1897-13 de junio 1927. Editorial *La Protesta*. Buenos Aires 1927. 160 páginas. 27,5 × 19 (encuadernado en tela). Escriben : Max Nettlau, D. A. de Santillán, J. C. Valadés, E. L. Arana, Luiggi Fabbri, Hugo Trene èFedeli), B. Aladino.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

cada vez más precisa. Aún no se había contaminado los sindicatos por el reformismo político. No existían aún los «partidos de masas» y la llamada conciencia proletaria se hallaba en su estado puro. Eran también aquellos los tiempos de la «propaganda por el hecho», del «ilegalismo» y de la acción violenta. Razones morales justificaban los atentados románticos y los vindicativos. Por su parte la burguesía no se andaba con manos tibias y las represiones policiales eran violentas, en ocasiones feroces.

La mayoría de los militantes que hemos citado llegaban a los países de América huyendo de las persecuciones de sus países despectivos. Al poco tiempo debían huir del soñado «puerto de reposo» o eran encarcelados, torturados, expulsados. Los propios nativos no corrían mejor suerte.

OTROS PERIODICOS Y PUBLICACIONES

En el mismo año en que se fundó **La Protesta humana** se publicaba en Buenos Aires: **Ciencia social**, revista, y **El Rebelde**, periódico. Y en lengua italiana **L'Avvenire** y **La nova civilita**, sin contar los numerosos periódicos gremiales, pues cada entidad gremial (sindicato) poseía su órgano propio, por lo regular mensual. Solamente en Buenos Aires, sin contar el resto del país, existían en 1896 unas 30 organizaciones gremiales (2).

Max Nettlau señalaba que entre los años 1890 y 1904 aparecieron en Argentina, con un ritmo bastante sostenido: 43 periódicos de odientación anarquista (entre ellos 21 de origen gremial) en lengua española; 18 en lengua italiana; 3 en lengua francesa. Aparceían, además, en la misma época seis revistas de Arte, Literatura, Filosofía, Ideas, de entera orientación anarquista. Se editaron en el mismo espacio de tiempo 126 títulos diferentes, entre libros y folletos, traducidos del italiano, inglés, francés, alemán, a la lengua española. Parte de estos títulos se editaron simultáneamente —en Buenos Aires mismo —en diversas lenguas, tal como el italiano el inglés el francés y el portugués.

Debe advertirse a quienes tales referencias asombran, que en Argentina se encuentran raíces de actividades anarquistas que remontan a 1853. Se señala el 1871 como probable fecha de fundación de una Sección de la Internacional. La floración de publicaciones data de éstas fechas lejanas. Vale decir que en 1897 el movimiento anarquista se hallaba en cierto estado de madurez, fuerte de consistencia y fervoroso de entusiasmo. Puede colegirse que **La Protesta Humana** se afirmaba en terreno firme, con serio apoyo y con el augurio de larga vida.

⁂

En todo tiempo, a lo largo de la historia del anarquismo en Argentina, existieron simultáneamente varias publicaciones. Reflejaban algunas tendencias diversas discrepantes entre sí. Varias fueron de origen polémico y su vida fue relativamente corta. Como **Nuestra palabra**, por ejemplo, o **Ideas**, de La Plata, en el tercer decenio de este siglo. Respondían otras a posiciones definidas y maduradas, como, por ejemplo, **La Antorcha**, convertida luego en **La Obra**, y que existe aún como grupo afinitario. En una y otra condición aparecieron gran cantidad de títulos. No nos detenmos a detallarlos, ya que nos limitamos hoy a **La Protesta** en una simple mención de homenaje, no en estudio profundizado. Ni siquiera salimos de los límites de la capital, por lo que interesa decir que en provincias hubo también una gran profusión de publicaciones.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA REPRESION

Impulsados por la euforia revolucionaria de principios de siglo, los anarquistas habían declarado guerra sin cuartel a la burguesía. Se insistía en actos y proclamas acerca de la proximidad de la **Revolución social**. Las organizaciones obreras de tendencia anarquista y los grupos afinitarios tenían la intuición en nada equívoca de que era entonces —o nunca— la hora de la vindicta decisiva.

Efectivamente. La aparición de los grandes partidos de masas coincidió con la reorganización represiva, así como con el reajuste de la revolución industrial iniciada hace ya dos siglos casi. Hoy no se habla ya de la «burguesía» sino del capitalismo, entidad más concreta, más organizada, de más difícil derribar.

Sea como fuere, en 1902 las luchas sociales en Argentina llegaron a ser de tal empuje y alcance que las autoridades se veían impotentes para tranquilizar a una burguesía alarmada y para satisfacer las exigencias de un capitalismo desequilibrado ante el empuje sostenido de las huelgas, de los boycots y de los sabotajes. En el mes de mayo del 1901 tuvo lugar un Congreso gremial al que concurrieron unas 50 delegaciones, representando alrededor de 35 gremios. Participaba a este Congreso el conocido propagandista Pedro Gori, representando a los ferroviarios de la ciudad de Rosario. Se determinó allí proceder a la fundación de la Federación Obrera Argentina. La labor orientadora de **La Protesta Humana** había facilitado las tareas organizadoras.

Los momentos eran duros para los proletarios. La desocupación aumentaba con la llegada de emigrantes, los salarios eran bajos y las condiciones de trabajo penosas. Un conflicto que se produjo en el Mercado Central de Frutos provocó una situación tal de violencia que las autoridades decidie-

(2) Una de las características esenciales de la F.O.R.A. es la de considerar que el Sindicato es un medio, no una finalidad. Su estructura se vertebra a partir de los gremios (sindicato de oficio y rama de oficio) : gremio de albañiles; gremio de pintores, de carpinteros de obra; etc., etc. Cada agrupación gremial conserva su autonomía. Este orden de descentralización funcional, dentro de la Federación, permite una mayor armonía con las concepciones anarquistas. Se estima que el Sindicato de Industria. que engloba todos las ramas de oficios convergentes a una misma industria, establece y alimenta un principio de centralización. Los partidarios del sindicalismo autosuficiente o construtivista han combatido el sistema « forista » tildándolo de ineficaz.

ron tomar medidas de emergencia. La agitación social se atribuía a los extranjeros, obreros cultos y bregados en la lucha. La constitución argentina era hasta tal punto garantía de independencia y de libertad individual que el gobierno se vió precisado a votar una ley especial destinada a yugular el avance a todas vistas alarmante del movimiento obrero, ostensiblemente orientado por los anarquistas. (3).

En el volumen dedicado al Certamen Internacional **La Protesta**, dice D. A. de Santillán, explicando las medidas tomadas por el Gobierno :

«El presidente Roca envía el 22 de noviembre un proyecto de «Ley de Residencia» al Senado, con carácter urgente. El Senado se reúne en sesión extraordinaria a las seis de la tarde; a las ocho ya se había aprobado la Ley. A las nueve y media de la noche se reunió la Cámara de Diputados levantando la sesión a las once y media, después de aprobar el Proyecto de Ley Cané. En la misma noche es sancionada por el Poder Ejecutivo y entra en vigor.»

Se trata de un precedente extraordinario en los anales legislativos. Y de una prueba de temor que despertaba entonces la acción obrera. En menos de seis horas se habían reunido, tratado y aceptado la Ley, todos los cuerpos que forman el armatoste justificativo de un Estado Democrático. Así se estableció la tristemente célebre «Ley de Residencia», utilizada para la deportación de los militantes obreros extranjeros y que por repercusión servía para proceder al confinamiento de los nativos, enviados al frío presidio de Ushuaia, en Tierra de Fuego.

A partir de entonces, en períodos que se escalonan en los años 1902, 03, 05, 09, 10, 12, 18, 21... y después recomenzando a partir del 1930 hasta el 1938, el movimiento anarquista y la F.O.R.A. han sufrido terribles sangrías en las personas de sus militantes más destacados. Desde 1938 hasta la caída de Perón las persecuciones se efectúan de otra manera. Por otra parte, el movimiento anarquista y obrero se halla diezmado por la puesta en práctica de la Ley sobre Asociación Ilícita.

A través de las breves notas que ofrecemos en relación con los avatares y las vicisitudes de **La Protesta**, podrá deducirse la enorme vitalidad que animaba al movimiento obrero anarquista en aquel país y en aquellos tiempos. Los talleres de **La Protesta Humana** y de los órganos que la sucedieron en diferentes circunstancias, fueron varias veces saqueados y arrasados a fuego por parte de la policía y de las «patotas» patrioteras. Sus redactores eran detenidos, apaleados, expulsados o enviados a presidio. Pero se respondía de tú a tú y de fuerza a fuerza. Tanto que en septiembre de 1903, desde las columnas del periódico se aconsejaba abiertamente a los militantes «el recibir a tiros a los policías que intentaran allanar un local o un domicilio sin orden judicial expresa».

En más de una ocasión se confiscaba un número. En otras, la policía o grupos especialmente encomendados a tal tarea, arrancaban los paquetes de diarios de las manos de los vendedores, maltratándoles si se resistían. En un gesto ejemplar, el doctor Jean Creaghe decidió responder personalmente a este género de provocaciones, reivindicando el derecho a la difusión del periódico, Cargó en un coche varios paquetes de ejemplares y pistola en mano fue voceándolo por las calles de Buenos Aires.

« LA PROTESTA » DIARIO

A pesar de la violencia de la reacción, de las persecuciones y deportaciones, de los actos de barbarie y de la «Ley de Residencia», el movimiento obrero anarquista vertebrado en torno de la F.O.R.A. continuaba en su marcha ascendente. Logró tal trascendencia en los medios sociales y en los círculos de avanzada, que se hizo necesaria una publicación diaria, capaz de atender, recoger y divulgar el curso creciente de las actividades.

En su número del 7 de noviembre de 1903 **La Protesta Humana** modifica su nombre. Aparece con el título de **La Protesta,** con el que continúa. Este es el título con el que comienza la publicación diaria en la fecha del 1 de abril de 1904. En 1962 este hecho adquiere un valor comparativo desdeñable.

Nos explica Max Nettlau que los primeros cotidianos anarquistas fueron los que lanzó Proudhon. Acto seguido nos dice : «Durante la Comuna de París, 1871, la **Liberté**, de Bruselas fue diario; durante algunos años antes de 1886 y aun algún tiempo después la **Arbeiterzeitung,** de Chicago, redactada por August Spies, prohibida desde el 11 de noviembre de 1887, fue un cotidiano anarquista militante; **El Productor,** de Barcelona, 1 de febrero de 1887, fue cotidiano durante algunos meses en sus comienzos, y el **Journal du Peuple,** de París, 6 de febrero de 1899 a diciembre de ese año, fue un cotidiano redactado por anarquistas, pero formaba parte de las numerosas publicaciones especialmente creadas para la propaganda dreyfusista de aquel entonces : No recuerdo otros y la creación del coticiano **La Protesta** y el hecho de mantenerlo durante esos 22 años (el escrito de Max Nettlau data de 1927) es, pues, un fenómeno tan raro como notable, sobre todo para un movimiento tan joven.»

---

(3) La Constitución argentina fue fruto del espíritu de la Revolución Francesa, que impulsó a toda América del Sur hacia la Independencia. En su Art. núm. 14 se afirma que todo extranjero habitando su territorio tiene derecho a expresar sus ideas, de palabra o por escrito. Se reafirma el derecho de reunión y de asociación. Constitucionalmente no existían justificantes a una represión contra hombres, ideas u organizaciones. La Ley de Residencia rubrica uno de los gestos más represivos de aquel país. Más tarde la Ley de Emergencia completa la anterior. En la década de 1930 se promulga la de Asociación Ilícita. La F.O.R.A. no aceptó nunca el reconocimiento legal. Se pronunciaron condenas que llegaban a cinco años de cárcel por el único delito de comprobarse la afiliación del acusado a la F.O.R.A. Después de las deportaciones fue esta Ley así como el golpe de gracia aplicado contra esta organización.

DECIAMOS AYER

El indeterminismo y el ser

NACE EL HOMBRE-COSMICO

IX

EL Hombre es superior en inteligencia a los individuos de las demás especies, y lo será, también, en sentido sociable, moral, definitivamente, cuando de la condición humana elimine la guerra. Llegó a sentirse impotente frente a terribles enfermedades, pero al irlas venciendo fue adquiriendo más salud, longevidad y más confianza en poder vencerlas todas. Y cierto es que durante largo tiempo se sintió el «rey de la crecaión», el puédelo todo, pero acababa empequeñeciéndose al comprender y **sentir**, angustiado, que estaba a merced de las fuerzas cósmicas.

Lo que antes de la **Era atómica** era gratuita presunción, falso, insostenible, empieza a ser realidad. El hombre ha comenzado a dominar las precitas fuerzas y todas, en sus manos, las va manejando como «juguetes» aunque temibles, muy peligrosos. Las mueve a su antojo, sorprendiéndose él mismo del inmenso poder que adquiere: ¡supremacía sobre cuanto lo rodea!

En el Hombre de nuestros días se está iniciando la formación de un sentimiento cosmo-psíquico-biológico omnipotente y libertario sin darse él mismo perfecta cuenta. No es extraño que así sea por hallarse en desarrollo incipiente. Es un **nuevo sentimiento** de invencibilidad, de indestructibilidad que se forma en su **ser** en presencia de los resultados debidos a las nuevas actividades tecnológicas y científicas que desarrolla. Se resiste a creer lo que está **sintiendo** de manera imprecisa: que podrá sobrevivir aquí, en el planeta Tierra, o en otro lugar del Universo que ya explora directamente. Va vislumbrando que de su inteligencia, de su **conciencia** y de su **voluntad**, en particular, dependerá realizar la precitada magna proeza, la cimera y más extraordinaria de las obras de todos los tiempos.

Seamos más explícitos. El Hombre ha puesto en juego nuevas energías psíquicas-mentales, y está ganando cada día incruentas batallas a las fuerzas materiales que lo circundan moviéndose «sin orden ni concierto», o mejor dicho: con **inseguridad** o sin la seguridad y el sentido que desea la inquieta vida humana. Es él, el Hombre, el que irá tratando de ordenarlas, según más le convenga, en las áreas cósmicas que vive o pretenderá vivir en el futuro si ve amenazado de extención al globo terráqueo. Sabe que, lo más creíble, según la ciencia moderna, es que dentro de unos miles de millones de años quedarán al descubierto los fuegos blancos del núcleo del Sol, y olas espantosamente cálidas llegarán a aquél. La primera ola de calor inmenso lo alcanzará a los pocos, muy pocos minutos de partir del astro solar; una radiación mortal «bañará» la Tierra que seguirá recibiendo olas de luz y calor de millones de grados que incendiarán la atmósfera, evaporarán las aguas de los lagos, de los ríos y de los mares, derretirá las rocas, volverá, en fin, al fuego primigenio transformándose éste en nubes y polvo que será lanzado en todas direcciones del Universo por la radiación luminosa del Sol que terminará, asimismo, con todos los satélites, con todos los astros del sistema solar.

¿Permanecerá el hombre con los brazos cruzados esperando ocurra éste previsto fin natural de la Tierra? No lo creemos y menos viendo cómo va dominando las fuerzas cósmicas, constatando que no estamos en vísperas de que los materiales del globo terráqueo tengan que volver a desvanecerse en el Cosmos.

Siente el Hombre lo que apenas se atreve a expresar a viva voz: que algún día, no muy lejano, la suerte de su especie ya no estará ligada, absolutamente, a la vida natural, aproximada, concedida por la Ciencia al planeta Tierra, su maravillosa morada actual. Posiblemente decida salvarla y salvarse con élla. Ya entrevé la posibilidad de poder hacer cambiar el rumbo de esta «nave» terráquea espacial que hiende sin cesar la materia cósmica, de abandonarla en parte o totalmente, o bien permanecer mejorando las condiciones de vida en la misma, y hacerla habitable para siempre a salvo de la influencia letal del Sol.

El hombre va adquiriendo el poder de ser cósmico consciente, indominable, libre de toda clase de trabas. Esta superioridad psico-cósmica la asegurará al dominar todas las leyes físicas del Universo. Podrá, seguramente, cambiarlas o modificarlas como logró aprovechar la energía del átomo y transformarlo por otro mediante ciertas substracciones y adiciones negando así lo que se creyó, durante mucho tiempo, generalmente hablando, en todo el mundo: que los átomos de elementos diferentes no podían ser transmutados en otros, etc.

Cuanto imaginamos y decimos se basa e inspira en los hechos: el Hombre ya ha empezado a dar las más extremas respuestas constructivas y destructivas. He aquí el porqué la suprema **necesidad** de que adquiera elevada **conciencia moral**. Es el gran problema ético que el Hombre tiene que resolver previamente, con urgencia, si pretente sobrevivir y ser feliz, aunque descuidara, un tiempo, los problemas de pura superación científica y tecnológica.

Consideramos que hoy el hombre puede empezar a pensar que tuvo principio, pero que su fin —nos referimos al del género humano— depende de él mismo, de sus dinamismos **psicológicos** superiores. Estos pueden ser los determinantes dado que **en la naturaleza no existen determinismos ni causas**. En

medio de todos los movimientos **indeterminados** de la materia cósmica es él, sólo él, el Hombre, ser consciente, el que puede buen o mal uso de sus conocimientos, de su creciente saber, de los materiales cósmicos y de todas las fuerzas que lo circundan. Todo podrá utilizarlo para desaparecer con su especie, por propia mano insensata, o para existir, permanentemente, entre las maravillas del Cosmos, rodeándose de las condiciones necesarias a tal fin vital.

— ¿Qué **causa** la gran actividad que el Hombre desarrolla en todas las ramas del trabajo y del saber?, nos pregunto un amigo que dejó de ser **determinista**, pero que usó, una vez más, por costumbre el concepto que hoy rechaza. Ante la **necesidad** de saber, expresada por nuestro interlocutor —y de contestarnos **sentimos coaccionados**, moral y mentalmente, a **satisfacerla** en la medida que nos es posible. Y al responder nos extendimos —se extendió el que escribe que habla en nombre de los afines— en consideraciones que se complementan con lo escrito más arriba, que concretamos a continuación.

No pudiendo admitir una verdad a medias si el **determinismo** no es ley de la naturaleza, si la casualidad y la continuidad no existen en ésta, llegamos a la conclusión que el Hombre tampoco lo impulsan o mueven **causas**, como no sea que usemos la palabra **causa** de modo convencional, sin valor científico, como se usan los vocablos arriba y abajo, hoy y ayer, pasado y presente, etc.

Acabamos de decir qué nos movió a responder al amigo que nos preguntó. Y es que interrogándonos a nosotros mismos hallamos las respuestas más racionales y humanas. Constatamos que de acuerdo con lo fundamental de las concepciones biológicas, fisiológicas y psicológicas, particularmente, el Hombre se mueve y actúa por la **coacción** de las **necesidades vitales y efectivas, variables**, de toda clase y orden. Lucha por satisfacerlas en cada situación que vive. Y es hasta por la **coacción moral** que el Hombre superará su condición humana. Con razón Ricardo Mella —y otros teóricos del anarquismo— escapando a la influencia **determinista**, que mucho presionaba en su época, dió suma importancia a la **coacción moral** para influir en las conductas de los individuos humanos y mejorar las relaciones sociales. Claro que su influencia será mayor en un medio social más evolucionaro que el presente. Hoy a su desarrollo normal se opone el mundo autoritario que defiende —lo que ha de desaparecer— la Injusticia Social, **coaccionando** a los hombres con la amenaza de leyes, de soldados, de policías y jueces a «sueldo», de cárceles y carceleros, etc.

Verner Heisenberg, en los campos de las Matemáticas y de la Física —como Ricardo Mella en el terreno social— tuvo que prescindir del pasado y paralizador **determinismo** para descubrir todas las leyes físicas del Universo del que Einstein sólo descubrió una: la de la relatividad general. Esta teoría emitida en 1916 por Einstein después de cuarenta y seis años solamente es comprendida por un corto número de personas. Se comprende, «en parte», que Verner Heisenberg haya decidido no hacer pública hoy la fórmula —que elaboró con la colaboración de otros científicos alemanes— que afirma «es básica para todos los aspectos de la naturaleza», porque aunque dice «es básicamente sencilla al ser demasiado complicada no sería comprendida por los profanos».

No obstante, si según la forma resulta que «en la naturaleza no existe el determinismo, la casualidad, ni la continuidad» nos basta para poder afirmar, de acuerdo con esta nueva concepción física-matemática, válida para todo el Universo, que en élla quedan comprendidos tanto el «cuadro» físico descubierto por Einstein como el descrito por Ricardo Mella de carácter psicológico y social libertario: el de la **coacción moral**. Y consideramos que esta teoría psicológica que descubre y señala los mejores medios para establecer la más amplia y efectiva armonía social sin violencias, entre hombre libres, queda más sólidamente fundada al probarse que es uno de los factores superiores de la dinámica universal que sustituyen al concepto **causa-efecto**.

Cierto que en el **Cosmos** «los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas y en razón inversa al cuadrado de sus distancias»; pero ni esta disposición relativa de los mismos se debe a una razón, a una causa, ni a una necesidad de organización de la materia cósmica, sin principio ni continuidad. Todo es, en estos aspectos, más sencillo y básico que la fórmula enunciada por Heisenberg, en la que nos inspiramos: simplemente existir, **ser** de los materiales cósmicos produciéndose, de forma **indeterminada, sin causarlo necesidad alguna**, infinitas combinaciones de cuerpos y fuerzas en todos los sentidos del Universo. Y aunque parezca perogrullada añadimos que nada le importa a éste que en algunas de sus regiones se formen cuerpos más o menos voluminosos que puedan dar o no origen a especies vegetales y animales.

Sólo lo que el hombre organiza y fabrica con los materiales cósmicos, se mueve del modo que él determina. Habla de inercia y movimiento —en el Cosmos todo es movimiento sin **causa** que lo produzca—, de **causas** y **efectos** o a la inversa, convencionalmente, refiriéndose a cuanto halla en estado natural en la Tierra, a lo que inventa y construye que es la «sombra» o la obra del Hombre que queda tras él, abandonado, cuando es inservible, o bien lo acompaña, por útil, en su Evolución Progresiva. Y siempre llegamos a la misma conclusión: que el Hombre es la única realidad física-psicológica capaz de combinar y transformar la materia y las fuerzas, los objetos y las cosas, de decidir que se muevan en el sentido que lo precisa o necesita en o fuera del planeta Tierra.

Los **determinismos psicológicos** —que a la **consciencia** y a la **conciencia** del sujeto se deben, porque los adquiere— son los únicos que existen en el Universo. ¡Nace el Hombre-Cósmico que hecha abajo todos los falsos **determinismos** haciendo añicos los teológicos! ¿Qué más puede desear el Hombre racional, positivista, que hasta hoy ha estado defendiendo el **determinismo** basándolo en el concepto **causa-efecto?** Mientras todos los demás determinismos religiosos se derrumban, estrepitosamente, sin

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

quedar ni polvo de los mismos, él salva—salvamos—lo esencial de sus concepciones: el **materialismo.** Ha evolucionado: antes basábase en la **causa** como origen del movimiento, pero ahora halla, por fin, el concepto que lo sustituye con ventaja, definitivamente, fortaleciendo su posición ideológica, su criterio racionalista —humanitario o científico— humano. Y lo descubre, precisamente, en él mismo, «fuente» de todos los dinamismos psicológicos superiores: la **coacción,** potencia psíquica propulsora tan intensa como lo sea la necesidad —o necesidades— que tenga el Hombre de satisfacerla.

Toda actividad o acto del sujeto, más o menos complejo, responde a una **necesidad,** vital o no, con la **coacción** concomitante en grado que corresponde a la intensidad que aquélla es sentida, siguiéndole la **ejecución** y la **satisfacción** que experimenta al lograr satisfacerla. No cabe corolario más racional: **necesidad - coacción** y **ejecución - satisfacción,** y no el seco concepto: «no hay causa sin efecto, ni afecto sin causa». Por poco que se reflexione se comprenderá que éste es maquinismo puro extraño a la vida humana y, en general, a la **Existencia Universal,** con elementos y componentes tan cambiantes. Decimos extraño a la vida humana, en particular, porque el **acto-máquina** o movimiento maquinal cesa al conseguir el objetivo, al término de una labor o de una tarea determinada, mientras qué la **satisfacción** psíquica-mental prosigue después de ejecutado un trabajo, una obra de arte, técnica o científica, etc.

Ciertamente, al satisfacer el individuo humano una **necesidad** creadora o constructiva —incluso instintiva—, pese a quedar paralizado el factor psicológico **coactivo** se prolonga el gusto o la **emoción** por lo que realizó con empeño, más o menos apasionadamente: continúan las **satisfacciones** estéticas, morales, efectivas e intelectuales, persistiendo algunas hasta el fin de sus días.

Con respecto al comportamiento del hombre, en particular, basta, a nuestro entender, constatar, en nosotros y por nosotros mismos, los precitados procesos filiológicos y psicológicos para rechazar que el **determinismo** con su concepto **causa-efecto,** de complejo o estímulo-respuesta, pueda describir la conducta global del sujeto en la situación —o situaciones— psicológicas que vive en relación con el mundo que lo rodea. De lo erróneo que resulta diagnosticar por el concepto de complejo ya hablaremos en otro trabajo.

Querer satisfacer una **necesidad** cualquiera, vieja o nueva, periódica o permanentemente, es **sentirse** el individuo humano **coaccionado,** por la **necesidad** misma, a **satisfacerla,** en el grado que desea o necesita, recurriendo a todos los medios. Por otra parte, la universalidad del concepto **necesidad-coacción** y **ejecución-satisfacción** permite sea aplicable a todas las necesidades del Hombre: orgánicas o fisiológicas, de trabajo, artísticas, científicas, técnicas, sociales, económicas, culturales, etc., incluyendo su más compleja necesidad de última hora: la de controlar, dominar y aprovechar las fuerzas cósmicas.

Que los especializados, con su docta voz y preclara inteligencia, lo prueben y lo expliquen con términos científicos, pero nosotros —el que escribe con los que así piensan—, libertarios, aunque profanos, no nos abstenemos de decirlo desde las columnas de CENIT, por primera vez, rompiendo el silencio y lo tradicional, con lo que creemos verdad: que el reinado absoluto de los determinismos y del concepto causa-efecto ha llegado a su fin. A éste, repetimos, lo sustituye la precitada concepción científica-humana válida para el sujeto y para cuanto lo circunda: desde el átomo y sus partes al Universo, como afirma Verner Heisenberg, desde el punto de vista físico-matemático, con su célebre fórmula.

La verdad resplandece más vivamente al no existir contradicción, y menos oposición, entre sus innumerables componentes.

Las conclusiones se sobreentienden: no debiéndose la materia cósmica a una **causa,** ni a una **necesidad** de existencia, el **determinismo** ha de desvanecerse en las mentes que lo «crearon» al quedar sin el principio fundamental en el que pretendía apoyarse; que, sin embargo, en el seno del Universo, de la materia cósmica, sin principio ni fin, sin **causalidad** ni **continuidad,** imperecedera, si pueden combinarse infinitas formas de ser, con o sin la intervención del Hombre, pero con una influencia cada día mayor del mismo en la organización y dirección cósmica; que el Hombre-Cósmico es el único capaz de «crear» más y más necesidades, de todas las clases, malas y buenas, y el que estas últimas predominen para elevarlo a niveles psicológicos superiores constructivos, estables, también de él depende.

Desde las cavernas cuanto el Hombre imaginó o intuyó lo llevó a cabo audazmente. En nuestros días, al alcanzar la categoría de Hombre-Cósmico, se **siente** capaz de realizar las empresas que, más que arriesgadas, parecen irrealizables fantasías de su pensar y sentir soñador.

También puede realizar lo mejor, lo que más importa que comprenda hoy: cuán urgente es que tantos esfuerzos se dediquen al bien común, y que más que Hombre-Cósmico sea **Ser Humano,** más humano, siempre más humano su comportamiento en la vida social.

Como en todas sus actividades cuando los Hombres sensibles, sin «complejos», **coaccionados por la necesidad de humanitarismo,** decidan que lo primordial es vivir sin temores eliminarán a los regímenes de los Estados guerreros —a **conciencia** que todos lo son, porque se inspiran en el principio de autoridad— y a la propiedad privada. Nada ha de quedar en pie de lo que representa violencia organizada de los menos contra los más —los trabajadores—, ni a la inversa, egoísmos insanos, odio, brutalidad y crueldad, destrucción y muerte.

Es hora que nos decidamos a prescindir de todos los factores psicológicos y sociales negativos, de infelicidad, para disfrutar de libertad y bienestar, de Paz y Equidad. Los que temen a la Libertad piensen que lo más temible, cada día, es la Autoridad. ¡A conquistar la tan ansiada Armonía Universal por la que luchamos los libertarios para bien de España y de toda la Humanidad!

FLOREAL OCAÑA

PAGINAS ALECCIONADORAS

Los «modernos» abominan francamente del «clasicismo»

LAMENTABA Proudhon, en una de sus correspondencias íntimas, que las letras de molde **no tengan alma.** Un alma capaz de transformar su docilidad negativa y peligrosa.

Y tenía razón. Siguiendo la metáfora proudhniana, es una verdadera lástima que las letras de molde digan siempre todo aquello que a cualquiera se le ocurra obligarlas a decir. Es una lástima que traduzcan con idéntica precisión los absurdos más gigantesecos que los destellos más sublimes. Y que de igual modo vehiculen la barbarie en su expresión más baja, que las magnificencias de la más alta cultura. Y que lo mismo sirvan a los señores para justificar su despotismo, que a los esclavos para justificar sus santas rebeldías. Y que, simultáneamente, sean utilizadas por los mantenedores de la iniquidad y por los enamorados de la justicia.

Sí. Es una lástima que puedan emplearlas, indistintamente, los sísifos del ideal para entonar himnos de fuego a sus principios, y los Tartufos para cubrir con elegante velo sus grotescas volteretas y sus infamantes apostasías, presentándolas como la evolución racional de unas convicciones que jamás tuvieron...

***

En unas **notas preliminares a la historia de la revolución y la guerra de España,** se dicen varias cosas —de verdadero bulto— que merecen ser recogidas. Porque si el sofisma campea en sus formas más burdas en aquello que ha de ser punto de apoyo de una historia determinada, la historia será falsa de punta a rabo. Y en una historia falsa se desnaturaliza todo: los acontecimientos, los principios que sirven de motor al hecho historiado, y las actitudes de los hombres que en él intervinieron.

Sin el peligro de las funestas derivaciones que ciertos modos de enjuiciar pueden tener mañana, acaso fuera lo mejor pasarlos en silencio, considerando que no vale la pena molestarse y que es inútil pediles peras al olmo. Pero pueden tenerlas muy graves al reanudarse la marcha, puesto que no ofrece duda que, tardando un poco más o un poco menos, será reanudada.

Es preciso levantarse contra aquellas sofisticaciones encaminadas a justificar lo injustificable. Es preciso sostener que no entroncan en ningún sentido con el espíritu revolucionario. Es necesario demostrar que la postura que ellas marcan está a los antípodas del anarquismo. Es indispensable que no quede en pie ni uno solo de los mil equívocos que vitriolan la fisonomía de nuestras tendencias, mantenidos, en general, por los fabricantes —**prodomo sua**— de nuevas virginidades... imposibles.

***

«El imperio de las frases hechas no es una realidad sólo en los ambientes de la rutina cotidiana, perezosa y conservadora. Incluso en los movimientos revolucionarios aparece más a menudo de lo que uno se imagina, dirigiendo de una manera tiránica a los individuos y a las colectividades. Generalmente no se reflexiona, no se medita cuando se habla y cuando se obra. El peso del ambiente, los hábitos mentales, los automatismos adquiridos realizan la función que debería corresponder en todo instante al pensamiento libre y alerta.

Cuando se preparaban las elecciones de febrero de 1936, nos encontramos ante un dilema que la rutina habría solucionado sin estremecimiento alguno, pero que, con un poco de reflexión y cordura, ofrecía un panorama preñado de consecuencias funestas.

Si proseguíamos o nos reafirmábamos en nuestro abstencionismo electoral, dábamos, sin duda alguna, el triunfo a la dictadura propiciada por Gil Robles. Y dar el triunfo a Gil Robles equivalía a sancionar la prosecución de las torturas de octubre y el mantenimiento de treinta mil hombres en las cárceles. Teníamos, según la actitud que adoptara, las llaves de las prisiones y el porvenir inmediato de España. Si triunfaba Gil Robles y asumía legalmente el poder supremo, entrábamos en un período de fascismo con apariencia legal. Si nos declarábamos partidarios de intervenir en las urnas para aumentar las perspectivas de las izquierdas, se nos habría podido acusar de hacer dejación de nuestros principios. Las frases hechas del antiparlamentarismo pesaban como montañas alpinas en las decisiones de nuestro movimiento...»

Resumamos por nuestra cuenta, ya que no vale la pena seguir transcribiendo. Algunos militantes reunidos **en petit Comité,** después de muchísimos años —según rezan las **notas preliminares** que comentamos— **se atreverieno a hablar sinceramente.** Es la confesión tácita de que hasta entonces, o sea mientras hablaban del **antiparlamentarismo y del antielectoralismo,** habían sido siempre hipócritas. Sus palabras habían estado siempre en pugna, hasta aquel momento, con sus convicciones y con sus sentimientos. Les ahogaban las **frases hechas.** Transigían, por falta de energía para rebelarse contra ella, con la **rutina** que se niega sistemáticamente a intervenir en las elecciones.

Es esto lo que se confiesa paladinamente. Y aquellos militantes, tras haber hablado con sinceridad **por primera vez después de muchísimos años,** optaron por una fórmula en **casus belli** permanente con la más elemental sinceridad, con la entereza que caracteriza a los revolucionarios, con el valor cívico de que a lo largo de su historia ha hecho siempre gala el anarquismo. Hamlet era el director

espiritual de sus actitudes. No se atrevieron a sostener abiertamente sus más íntimas convicciones. Y en vez de decir a los trabajadores, como siempre se hiciera hasta entonces: **¡Desertad las urnas!**, explicando con elevados argumentos de transformación social el significado del voto, se les dijo: **Esta vez nosotros no podemos aconsejaros que no votéis.**

¿No era aquella una forma cobarde de decir: **¡Votad, trabajadores!** ¿No era su equivalencia matemática?

***

¡Las frases hechas del antiparlamentarismo!

¿No notáis la orgullosa altanería que esas palabras encierran? ¿No percibís el tufillo de un **no se sabe qué** indefinible que caracteriza al **magister** o al sabihondo incomprendido?

¿No os parece que en el fondo de esa arrogancia sin fondo palpita con fuerza aquel simpático eclecticismo en virtud del cual lo mismo es exaltado el anarquismo a las nueve, que se le combate sin miramientos a las diez, que se intenta una hora más tarde en formas destempladas, bien que discretas, ponerle en ridículo?

Salta a la vista que los «modernos» abominan sin reservas del «clasicismo» lo vituperan, lo escarnecen, convencidos de que la **modernidad** estriba en no contraer compromisos en ningún sentido. Consideran que cualquier compromiso estorba para vivir a la que salta en el terreno de los principios.

¿Puede calificarse de exagerada o ligera la afirmación de que determinados conceptos reflejan el más completo galimatías e inducen a pensar en el desequilibrio? En casos semejantes lo sano es no pronunciarse, ni por el desprecio ni por la conmiseración, sin ver antes qué es lo que dicen los antecedentes clínicos.

Porque resulta inconcebible en seres normales el desenfado con que la **superhombría** extiende certificados de cretinismo a cuantos mantenemos, sin quitarle ni una tilde, el concepto, inconfundiblemente libertario, de las falsedades, de la inutilidad absoluta y de la significación autoritaria del sufragio universal, contra aquellos anarquistas de nuevo cuño que, situándose a extramuros de toda la experiencia histórica y cerrando los ojos a todas las realidades de nuestros días, respaldan —¡nada más que circunstancialmente!— uno de los puntos medulares de la teología estatal. Y reputan absurdo mantener **criterios rígidos.**

Es abiertamente sofístico hablar de las elecciones en la forma que se hace. Es descabellado sostener que el hecho de intervenir en ellas es digno de encomio o es abominable, según las circunstancias de tiempo, de medio o de lugar. Y habrán de ser los rabadanes de más alta categoría los llamados a decidir en cada caso lo que más convenga hacer. ¿No es así? Por consiguiente, las cosas, las situaciones, los principios, el sentido de la coherencia, etcétera, dejan de tener un valor **per se.** Ese valor queda subordinado al justiprecio de unas cuantas notabilidades.

¿Cuándo, dónde y por quién fueron sostenidas semejantes barbaridades en nombre del anarquismo? Nunca, en ninguna parte y por nadie. Si alguien se hubiese atrevido a ello, habría sido retirado **incontinenti** de la circulación en nuestro campo. Porque, a despecho de cuanto ergoticen los cantores afónicos del **nuevo modo,** se zapan las bases del anarquismo, se le presenta en formas totalmente caricaturescas, se siembra una confusión espantosa y no hay medio de entenderse.

Y así resulta que, además de sofística a todas luces y en extremo peligrosa, la postura de quienes aprueban **en determinados casos** la intervención en las elecciones, es de una vacuidad escalofriante.

Hemos de verlo al examinar al detalle las **razones** que aducen para justificar lo injustificable.

***

Pero es oportuno recordar antes lo que en **1936,** polemizando sobre el mismo asunto —y refiriéndose concretamente a las elecciones españolas del **16** de febrero—, decía «L'Adunata», ya que no tiene vuelta posible de hoja:

«... Cada uno de nosotros profesa principios que varían más o menos; pero los principios que cada uno profesa constituyen el lineamiento de su identidad política, o revolucionaria, o moral. El individuo sin principios es un individuo sin identidad, dispuesto a adoptar en cada circunstancia de la vida actitudes diversas, sin otro nexo entre ellas que el capricho o el interés de quien las adopta. En política semejante individuos se llaman camaleones, volatineros o **girouettes.**

Por el contrario, se llaman anarquistas aquellos individuos que profesan en común determinados principios fundamentales rigurosamente indispensables para caracterizar su anarquismo. Tales principios —y no otra cosa— constituyen los lineamientos de su identidad anarquista. Quien los repudia, en todo o en parte, puede llamarse anarquista si le da la gana, pero en realidad no lo es. Las opiniones personales de cada anarquista pueden variar al infinito sobre una multitud de cuestiones, pero todos los anarquistas que son tales coinciden plenamente acerca de unos cuantos problemas fundamentales importantísimos.»

Y luego, para dejar sin puerta de salida a ese eclecticismo admirable que sin probidad y sin consciencia se propone establecer —¡siempre de manera circunstancial, huelga decirlo!— imposibles, absurdas armonías entre la ayuda al Estado y las tendencias que lo niegan y que en esa negación encuentran la esencia misma de su naturaleza, añadía «L'Adunata»:

«Los principios son, pues, algo más que opiniones individuales. Son la definición de donde arranca una línea particular de pensamiento y de conducta, y tienen en las ciencias sociales la misma evidencia y la misma función que en las ciencias experimentales tienen las leyes naturales.»

No hace falta decir más para demostrar que aquello de **las frases hechas del antiparlamentarismo** que caracterizan a la **rutina,** una agresión de quienes se han librado del **prejuicio de los criterios rígidos** y una procacidad que sólo puede ser tolerada porque es irresponsable.

El afán desmesurado de cohonestar uno de esos oportunismos destinados a producir más estragos

que cien epidemias y que están en oposición irreductible con el anarquismo, se atreve a todo.

Veámoslo a través de sus alegatos con motivgo de lo sucedido en España a raíz de las elecciones del 16 de febrero 1936.

⁂

Desde luego, los presos no eran treinta mil, ni veinticinco mil, ni veinte mil, y ni siquiera quince mil. Pero su número es lo que menos importa al fondo del asunto. ¿Desde cuándo medimos nosotros la injusticia por su alcance cuantitativo? ¿Es que treinta mil no son treinta mil veces **uno?** ¿Cómo se explica que nunca se haya pensado hacer por **uno** en elecciones anteriores, o por cincuenta, que eran siempre otras tantas veces **uno,** lo que en el caso que examinamos se hizo buscando la justificación en el hecho de tratarse de un grupo mayor de veces **uno?** ¿Es que hablábamos por capricho, sin ton ni son, estúpidamente al afirmar millones de veces que **mientras haya «uno» victimado por la injusticia, la injusticia amenaza por iguar «a todos»?**

¿Es que alguien consideró jamás lícito, serio, coherente, digno luchar contra la tiranía —respaldada en infinidad de casos por el Parlamento— por medio del parlamentarismo?

Si los presos eran treinta mil cuando las elecciones de febrero del 36, había treinta mil razones más que de ordinario abogando por el mantenimiento riguroso del abstencionismo. ¿De qué se trataba en suma? Lo hemos visto ya. Eran dos los fines perseguidos. Por una parte, la liberación de los presos; por otra, impedir que Gil Robles, asumiendo legalmente el poder supremo, entráramos en un período de fascismo con apariencia legal.

¡Oh, santa simplicidad! ¿Qué pretexto les quedaba a los **despreocupados,** a los eclécticos, a los que parten en guerra contra **las frases hechas del antiparlamentarismo,** para intervenir en las elecciones no pudiendo batir el parche de los treinta mil presos?

Está ya probado que los trabajadores españoles no votan, en general, cuando en las campañas antielectorales les dicen los anarquistas que no voten. En 1936 votaron porque se les dijo que **esta vez** no les podían decir que no votaran. Cuando votan, es forzoso que triunfen en las urnas las izquierdas, y las derechas cuando sucede lo contrario. Y como quiera que el triunfo de las derechas implica siempre el peligro de un fascismo franco o larvado, la conclusión aparece clara como el agua clara: el único medio viable de evitar esa contingencia... **por los medios legales,** consistirá en votar por las izquierdas en todas las elecciones.

Si nuestras derechas supieran ser más positivamente conservadoras —a la inglesa, por ejemplo— y hubiesen hecho caso de las previsiones de Lerroux, quedaba desbaratadas en un momento todas las combinaciones intervencionistas, volando en fragmentos todos los pretextos.

Supongamos que dos o tres semanas antes de las elecciones de febrero, el gobierno que tenía a su cargo la sangrienta represión de Asturias hubiera lanzado un manifiesto al país concebido en los siguientes o parecidos términos:

«Obligados a mantener el orden y el imperio de la ley, cuando el orden se altera, y la subversión gana la calle, y la ley es violada, hemos probado ya tener la mano de hierro. Pero cuando el espíritu público entra en una etapa de sosiego y todo indica que no han de repetirse los dolorosos hechos pasados, sabemos poner nuestra magnanimidad a la altura de nuestra rudeza. Por consiguiente, lo mismo porque el gobierno sabe olvidar cuando ya nada le obliga a cumplir la triste obligación de no detenerse ante ciertas severidades, que por desear que intervenga el mayor número posible de ciudadanos en la próxima contienda electoral, ejercitando el derecho ciudadano de votar, ha decretado una amplia amnistía que devuelve a sus afectos y a sus ocupaciones ordinarias a todos los ciudadanos que sufren condena a raíz de los acontecimientos de octubre de 1934.»

De todos modos, la liberación de los presos dejaba en pie, con todas sus posibles consecuencias, la seguridad de una etapa fascista. ¿Qué tendrá que ver que sea establecida legalmente o no?

¿Cuál habría sido en tal caso la conducta de quienes estiman que no obliga a nada **el imperio de las frases hechas?** Después de rebelarse contra la ortodoxia de las frases hechas, cayendo en la ortodoxia de todos los sostenedores de la autoridad y del privilegio, enemigos jurados de las finalidades que persigue el anarquismo, ¿cuál habría sido su actitud?

⁂

Probablemente, seguir cavándole la fosa a la libertad-única virtud que tiene el voto electoral, por ser una forma positiva de colaboración con lo estatuído —so pretexto de salvarla. No es admisible que decidieran apelar entonces —con **menos motivo,** por estar libres ya los presos, y habiéndoseles ido de las manos uno de los más poderosos acicates, uno de los más importantes factores psicológicos que empujan a las multitudes— a la acción revolucionaria.

¿Con qué autoridad moral podían hacerlo aquellos que poco antes aconsejaran —¡por una vez!— el sometimiento voluntario —que es el más degradante de todos— a una legalidad que consagra la dominación del hombre por el hombre y la sublevante injusticia del privilegio, sus tentáculos principales del actual sistema?

¿Con qué autoridad moral podían hacerlo quienes acababan de afirmar —de manera que no por ser indirecta era menos efectiva— que la acción parlamentaria tenía más virtudes, por lo menos en aquel caso concreto, que el esfuerzo del pueblo?

¿Con qué autoridad moral podrán hacerlo mañana aquellos que ayer pusieron todo el empeño de su voluntad en asegurar a los esclavistas el estúpido consenso de cuantos permanecen uncidos a su férula odiosa?

Las tendencias de extrema izquierda social no incurren jamás impunemente en determinadas contradicciones, ya que su prestigio sale minado de ellas. Y no tienen derecho a olvidar en ningún caso lo que les han dicho millones de veces a los trabajadores en millones de artículos y discursos,

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

negándolo rotundamente a la hora precisa en que más conviene y es más saludable tenerlo en cuenta.

La historia del sufragio universal se resume en pocas palabras. De nuestros labios y de nuestras plumas la aprendió el pueblo: Primero, luchas cruéntas para conquistar ese **sagrado derecho.** El Poder lo niega. Después, ese derecho es codificado. El pueblo lo ejercita esperando sus milagros. Más tarde, el pueblo, desilusionado, viendo ya claro que nada puede esperar de aquello, se vuelve poco a poco de espaldas a las urnas. El anarquismo, con sus demostraciones palmarias y persistentes, contribuye poderosamente a ello. Y por fin llega el momento en que el ejercicio de aquel derecho, antes negado, se torna obligatorio.

¿Se necesita más para afirmar de manera categórica que intervenir en las elecciones —una o cien veces— es abiertamente negativo?

El **modernismo,** sin embargo, considera que todo esto es **peccata minuta.** Pero quedan otras cosas que obligan a preguntar: ¿para cuándo la revolución propiciada por los anarquistas? Porque si el hecho de triunfar las derechas en una contienda electoral significa la amenaza de un período fascista, lo mismo puede decirse —y con más razón— de una tentativa revolucionaria sin fortuna, seguida del fracaso. ¿Es que basta para considerar que **todo está perdido?** ¿Es que ello justifica el propósito de dejar a la revolución... **in soffita?** ¿Qué revolucionarismo es ese que ningún revolucionario que haya pensado seriamente en la urdimbre de las revoluciones es capaz de comprender? ¿Qué nombre merece en realidad?

Las revoluciones no estallan jamás mientras el pan abunda más o menos, y existen en mayor o menor escala la seguridad, y el Poder respeta hasta cierto punto las libertades y los derechos conquistados a través de cruentas luchas.

Las revoluciones estallan siempre en períodos de miseria, cuando la iniquidad amenaza a todo el mundo, cuando las cárceles están abarrotadas de gente y cuando el despotismo aprieta brutalmente las clavijas.

Por consiguiente, y aun cuando nuestras afirmaciones hagan brincar de indignación al **modernismo,** en el sentido revolucionario, convenía que las elecciones de febrero dejaran sin representación parlamentaria a los elementos de izquierdas —únicos de quienes **espera** todavía más o menos un pueblo que odia entrañablemente a las derechas y sabe que de ellas no puede venirle otra cosa que miserias y cadenas— y los supuestos treinta mil presos en las mazmorras. Los pueblos se disponen a la acción directa cuando han perdido el último vestigio de su fe en la legalidad. Con Gil Robles en el Poder y sin oposiciones parlamentarias, esa fe se hundía estrepitosamente.

Por consiguiente, o la C.N.T. era el gigante con pies de barro de que se habló por alguien un día y el anarquismo español no servía para nada, o aquella era una oportunidad superior a todas las precedentes para una tentativa revolucionaria a fondo.

Y lo era. Indiscutiblemente. Para negarlo hace falta haber perdido toda confianza en la acción del pueblo, que es quien lo hace siempre todo, esperar todavía algo de la acción parlamentaria y sentirse dominado por el convencimiento de que son **las generaciones futuras** las encargadas de encararse definitivamente con el capitalismo y con el Estado con propósitos de transformación social inmediata. Hace falta, además, no tener la menor prisa.

Y cuando es ese el estado anímico de los individuos, lo mejor que pueden hacer es buscar acomodo en un partido político, a fin de convertirse en electores regulares y regularmente elegibles.

***

A dos años fecha de aquel traspié gigantesco del anarquismo español y de la C. N. T., que mermó en proporciones incalculables el prestigio de que gozaban en el Universo entero, uno de los que entonces **hablaron por primera vez con sinceridad después de muchísimos años,** con la misma soltura que ofreciera ejemplo al referirse a **las frases hechas del antiparlamentarismo,** hubo de escribir las siguientes palabras:

«... Hoy podemos reivindicar aquella conducta, nueva (¡y tanto!) en el movimiento libertario mundial, y afirmar como exactos nuestros puntos de vista de entonces. Sin la victoria electoral del 16 de febrero no hubiésemos tenido el 19 de julio. Los esfuerzos de algunos pseudo-puritanos para contrarestar nuestra manera de ver, fueron frustrados fácilmente.»

De manera, pues, que ni siquiera hay contricción. Mañana se repetiría sin titubeos la suerte. El tiempo transcurrido no ha bastado para que triunfe la razón serena, ni para que determinados individuos se dieran cuenta de la pugna estridente, irreconciliable, absurda entre su conducta y los principios en cuyo nombre pretenden seguir hablando.

Sin embargo, hay un punto en que, a pesar de las enormes distancias morales y políticas que nos separan, coincidimos con ellos.

Es cierto. Sin el triunfo electoral del 16 de febrero, no habríamos tenido el 19 de julio. De acuerdo. Totalmente. Sin reservas. Pero nosotros sacamos de ello una consecuencia muy distinta a la del **modernismo.** Nosotros afirmamos que sin aquel triunfo electoral **habríamos tenido un 19 de febrero,** con mil ventajas positivas, indubitables, concluyentes, que nos faltaron el 19 de julio, puesto que **de febrero a julio la reacción puso en orden todos los elementos necesarios para ganar la partida, en tanto que nosotros disponíamos de idénticos elementos, sin medio de aumentarlos, en la segunda que en la primera de esas dos fechas.**

¿Cómo poner en duda tan formidable diferencia?

Por lo demás —y conviene repetirlo—, o se niega rotundamente que la perspectiva del fascismo engendraba en España fermentos indescriptibles y que el anarquismo y la C. N. T. no constituían una fuerza ni irradiaban en la forma que hemos dicho siempre, o es obligado admitir que la derrota de las izquierdas en las elecciones de febrero habrían anticipado de cinco meses los acontecimientos del 19 de julio.

EUSEBIO C. CARBO

Claude Tillier

CLAUDE TILLIER nació en Clamecy (Francia), durante el año 1801. Era su padre un pobre cerrajero. La inteligencia precoz del pequeño Claudio habiendo sido observada, su villa natal le otorgó una beca, la cual le permitió hacer estudios secundarios. Dinero bien colocado : le debemos dos obras maestras : « Mi tío Benjamín », « Bella planta y Cornelius ». Dinero lamentablemente empleado : espíritu y carácter independientes, Claudio Tillier no podía labrarse un porvenir en aquella sociedad francesa que ya, hace cien años, perseguía como a dos enemigos, al pensamiento libre y a la dignidad individual.

Obrero, Tillier habría vivido como su padre en una sombra protectora. Intelectual y desprovisto de las cualidades del perfecto lacayo, murió a los 43 años, luego de una existencia casi siempre miserable.

Pasante de colegio, luego profesor al par (es decir, sin otro salario que la comida y el alojamiento) en una institución de enseñanza, no es bastante servil ante los alumnos ricos y ante los señores superiores. Por dos veces se hace despedir. Entonces a menudo le ocurre de no comer y, cuando tiene donde dormir, de no levantarse para menos sentir los aguijones del hambre.

Después de su servicio militar, es por algún tiempo director de una escuela comunial. No es sólo con los jesuítas donde hay que ser dócil como un cadáver. Ese funcionario se permite, ¡oh horror!, reflexionar sobre los métodos y sobre los programas que se le imponen. Desde que su razón los condena, se niega a continuar embruteciendo a los alumnos según la fórmula oficial. Da su dimisión y abre una institución libre que por de pronto tiene éxito. Lo cual aprovecha para casarse y tener cuatro hijos.

Pero se dan cuenta pronto de que lo mismo trata a los escolares ricos que a los escolares pobres. La indignación de los padres ricos, el desdén de los padres pobres, le hacen perder, uno tras otro, a todos los alumnos. Nuevo período de miseria bajo el fardo, ahora, de una familia. Y como los amigos le reprochan de no saber conducirse en la vida, el desgraciado y honrado joven incurable, responde : «El lobo, cuando degüella al cordero también sabe conducirse en la vida.»

Se hace periodista. Su diario « La Asociación » es una maravilla de malicia y de risa. Las actualidades son divertidas, excepto para los actores. Y en folletón da su obra maestra de sana risa, « Mi tío Benjamín ». Aun para divertirse, el público no consiente fácilmente subir hacia el pensamiento y la risa, si ésta no es ingenua o vacía, o que no atente contra alguna estupidez o alguna injusticia proclamadas sagradas. El diario no obtiene mucho éxito y muere en seguida bajo el peso de las multas.

Claudio Tillier no se sobrevive mucho : la tuberculosis y la miseria se lo llevan en 1844.

Su póstumo destino es por mucho tiempo oscuro e injusto como su vida. Este hombre que había tenido verdaderamente espíritu, vio triunfar a todos los mediocres de su época. Porque su risa contiene pensamiento y noble rebeldía, medio siglo después de su muerte, nuestra dulce Francia, siempre a la vanguardia, como se sabe, en los caminos de la justicia, de la belleza y de la civilización, ignora aún la obra de Claudio Tillier. Por lo tanto existían algunas ediciones francesas de « Mi tío Benjamín », pero para el exclusivo uso, parece, de los romandos y los walones y una traducción, excelente según se afirma, hizo la obra popular en Alemania. « Mi tío Benjamín » ha terminado por ser leída en Francia; pero se obstinan los franceses en no dar igual mérito a « Bella Planta y Cornelius ».

Los pocos fragmentos de estas dos obras y de los « Pamfletos » que se leerán en el presente folleto lejos están de ser los solos en donde se expresa la rebeldía y el buen sentido, contra la tontería religiosa. Pues se encuentra en Claudio Tillier tanta risa valiente contra la estupidez de nuestros jueces, como contra la pesada insensatez de las autoridades políticas.

NOTAS :

Prefacio de Han Ryner a un folleto de Claudio Tillier.

Existe una traducción española de « Mi tío Benjamín » editada en Edimburgo y, hoy agotada. « Mon oncle Benjamín », en francés, tiene su merecido lugar en nuestras bibliotecas, al lado de las obras de Rabelais y de los grandes reidores de la historia. — **V. M.**

La estatificación del hombre

TODAS cuantas observaciones hamecos nos muestran que el Estado es absorbente de los movimientos humanos. El pensamiento centralizador, desde el desenvolvimiento hogareño a la orientación política de contenido nacional, no concede facultad de independencia de ninguna clase, donde pueda ejercerse la propia voluntad del hombre.

Las tendencias de los Estados se orientan a superar sus facultades; la super-estructura es ambición de todos ellos. Quienes penetren en la intimidad de sus proyecciones, al instante se darán cuenta de los diseños modernos, cuyos alcances son de dimensión internacional.

Hasta muy recientemente, los Estados nacionales decían gozar de cierta independencia, en todo lo concerniente a su existencia, para orientar a su respectivo país; esta característica dejó de existir. Demócratas o dictadores, por grado o por fuerza, buscan trabazones que les fortalezcan, que garanticen sus dominios, que vitalicen su existencia. En busca de cuyo fin, el denominador que les es común es la centralización de todos los recursos humanos y naturales.

Todas esas prerrogativas tienden a establecer límites cada día más opresores para el hombre; lo que éste deja de sí, en sugerencias y libre determinación, el Estado lo gana para su propio robustecimiento. Es una función arrolladora que efectúa, en cumplimiento de su fundamental misión, tendente a fortalecerse, sin mirar si deteriora o no valores personales.

«Todo individuo debe disfrutar de un grado de libertad, todo lo perfect oque sea compatible con el privilegio igual de otros individuos».

Aunque Spencer quiso condicionar la existencia del Estado, jamás hizo patente en el hombre el derecho a ignorarlo. Si el pensamiento que acabamos de citarle no tiene cabida en la estructura estatal, los opuestos se hallan fácilmente en la argumentación que establece. Ningún sistema estatal comprenderá que los individuos pueden y deben ser equivalentes a sus libertades. Frente a ese razonamiento, a ese anhelo y a esa práctica, propia de hombres sensibles y condescendientes en alto grado, se levanta la pretensión de un Poder que pretende serlo todo.

El pensamiento spenceriano, sobre la facultad del Estado para con los derechos y libertades del hombre, fué erróneo. Si bien el autor de «El Universo Social» demostró ser agudo psicólogo, no alcanzó el grado de penetración que permite ver lo que el estatismo pretende y puede hacer. Sus bosquejos filosóficos tienen el extraordinario mérito de acuciar el pensamiento; pero sin llegar a comprender que el Estado no razona, que sólo confía en su fuerza, y que las condiciones que se le antepongan las anulará tan pronto como pueda hacerlo.

La integridad estatal siempre descansará sobre la desintegridad individual; todo cuanto se cede al Estado se sustrae al individuo. Premisa equívoca; ante ella, las aspiraciones de personas que sienten similares inquietudes, en aras a las prerrogativas del Estado no pueden tener vínculos directos. De ahí que, la eficiencia de esa sociología del pensamiento humano, de ese calor entrañable que de hombre a hombre puede aplicarse, quede reducida y mixtificada por la intervención del factor estatal.

Los fundamentos de reciprocidad bienhechora, al interceder algo que impide la libre y espontánea trabazón, no se canalizan por las vías que pretenden aquellos que más las sienten. Y esto equivale, a más de un retardo en realizaciones que el hombre puede efectuar para su comodidad, una alteración psicológica que malea mucho.

Por los ejemplos que de tal guisa se dan, podemos persuadirnos de que la esfera de actividad estatal no puede originar y alentar pensamientos generosos; tampoco sentimientos benévolos. En aras al respeto que el hombre merece, jamás el Estado arbitrará límites donde sus prerrogativas queden inactivas; el estatismo se cree con facultad y derecho a serlo todo, a estar en todas partes, a dominarlo todo. Su misión es estatificar, y como quiera que el hombre constantemente se halla dentro de esa esfera estatal, el Estado lo juzga como propiedad suya, sin derecho a deliberar sobre mejores formas de existencia.

La teoría spenceriana, todo y admitiendo la lenta evolución tendente a la desaparición del Estado, carece de lógica social para llegar a tal fin. En el supuesto de que históricamente hubiese sido indispensable la existencia del estatismo, ¿cuáles debieron ser sus atributos legítimos? Quienes estudiaron este fenómeno nunca se pusieron de acuerdo. El sociólogo Ward, contrariamente a Spencer, defensor de las más amplias y elevadas potestades estatales, estudiando la evolución de los fenómenos sociales llega a la conclusión de que el Estado llegará a hacerse innecesario.

Con el autor de «Compendio de Sociología» nos hallamos ante un caso curioso y sugestivo. La coherencia de sus análisis es única; y con tanta imparcialidad, aunque no con ritmo permanente de este sentimiento, que llega a la conclusión de que el Estado se hará innecesario, gracias a su método científico de estudio. En nuestro sentimiento toma asiento la impresión de que ese hombre, en cauces analíticos, y sin la salvedad permanente de que su persona se debía a un rango académico elevado de

LA VIDA Y LOS LIBROS

«Cuán verde era mi valle»
de RICHARD LLEWELLYN

CUANDO una novela sirve a Hollywood para realizar una película que marca un suceso comercial; y cuando se agrega a esto el hecho de que el libro ha conseguido un ruidoso éxito editorial en Estados Unidos y en América Latina, todo ello aconseja una actitud de prevención ante la obra. Las excepciones no dejan de ser anormalidades. Parece que el cine americano necesitará una novela mediocre para producir una película que triunfe en la taquilla y, por otra parte, parece también que la condición exigida para que el lector estadounidense agote sucesivas ediciones de un libro, es la mediocridad literaria de éste. (Un ejemplo entre ciento : « Lo que el viento se llevó », operación comercial con saldo a favor de Hollywood y éxito editorial de la profusa y difusa Margaret Michell; otro caso semejante : « Rebeca », un lucrativo negocio cinematográfico, basado en un libro más lucrativo todavía de la inefable Dapne du Maurier. Sobrará recordar que una y otra novela no pasarán a la Historia).

¿Quiere esto decir que la ley del número nada tiene que ver con la literatura ni con el cine? Me temo que sí. Un espíritu irónico podría incluso formular la correspondiente ley : « El valor de un libro crece en proporción inversa a las sendas sonrisas del editor y el productor cinematográfico... » Ley que, si implica un escepticismo poco alentador en cuanto al buen gusto del público y la legitimidad de su aplauso, no por eso es menos lógica : los « records » editoriales y de taquilla son casi siempre un « record » de mediocridad. Y la mayoría, simplemente, el termometro del mal gusto organizado.

« Cuán verde era mi valle » plantea un problema semejante. Su versión cinematográfica adquirió fama mundial y se proyectó en todas las pantallas de la tierra con memorable éxito. Y en cuanto a la aceptación del libro por parte del público americano, bastará mencionar como indicio significativo que, en Argentina, se agotaron ocho ediciones en siete años; calcúlese entonces cuál habrá sido la cifra registrada en Estados Unidos, el país de las sucesivas ediciones que inundan un mercado insaciable. Richard Llewellyn — cuya obra anterior, si existe, desconozco por completo — ha conseguido con su novela, en muy poco tiempo, un renombre mundial : seiscientas páginas y varios metros de « film » han bastado para realizar el milagro. Un milagro quizás injusto, desconcertante, ilícito — Llewellyn es **el hombre de un libro,** el meteoro sin trayectoria conocida — pero milagro al fin.

Veamos ahora el valor de su novela. La infaltable propaganda que se ha hecho en torno a ella — y que más de un lector ha repetido en virtud de ese mecanismo reflejo que la propaganda sabe impulsar — afirma que la obra es poemática y cargada de lirismo. En rigor, puede decirse que la novela está **recargada** de lirismo : un lirismo, además, espeso y empalagoso por su generosa abundancia. Llewellyn es el poeta ingenuo — y aquí la ingenuidad roza la sensiblería — que canta la idílica paz de un valle; las antiguas tradiciones de una vida sencilla y rústica, exagerada en sus rasgos de pureza, le sirven para ofrecer un relato emotivo y tierno en el que sabe hacer gala de su copioso lirismo. Pero esa emotividad y esa ternura pierden su mayor fuerza en una técnica narrativa desprovista de sobriedad, carente de un sentido discriminatorio entre la sensibilidad y la sensiblería, entre el elemento auténtico y el convencional de lo poemático. « Cuán verde era mi valle » es una acuarela de colores recargados, algunos de cuyos tonos se acercan a la cursilería y rayan en el ridículo.

No por esto, sin embargo, el libro puede calificarse de cursi. Hay escenas que escapan a ese juicio, y que logran mantener una fuerza emotiva digna de aprecio. Lo lamentable en Llewellyn es su aceptación masiva de todos los recursos que tiendan a provocar una lágrima y, en general, a dirigirse a la sensibilidad del público; sólo plantea situaciones en la medida en que ellas pueden lograr un eco de ternura, una simpatía o antipatía emocionadas. Su deseo supre-

---

Estados Unidos, sus conclusiones habrían estado impregnadas de acratismo. Pero ya hemos quedado en que el Estado es absorbente.

La potencia que el Estado erige para sí se debe a múltiples factores. De todos ellos, el esencial es de carácter psicológico. Desde que el hombre nace, el interés preferente de todo estatismo es crearle un sólido complejo de obediencia; conseguido esto, el desenvolvimiento de todo sistema gubernamental resulta relativamente fácil. Lograda esa formación, que halla abono para su permanencia en todo el ámbito estatal, la rectificación de esa personalidad es tarea muy difícil. Liquidado ese período de existencia personal que permite una formación casi definitiva del hombre, sólo accidentes especiales de la vida podrán abrir la marcha de una rectificación que, por saludable que sea, nunca logrará depurar lo que el Estado le ha impuesto.

SEVERINO CAMPOS

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

mo parece ser la creación, en el lector, de un estado anímico predispuesto al sentimentalismo y a la intensidad dramática : su objetivo es emocionar, su máxima aspiración arrancar un sollozo. Y esta obsesión — que tiene en él tanto de fin como de medio — es justamente la que le hace perder un amplio campo de posibilidades : olvida lo imprescindible de una hábil graduación dentro del factor emotivo de una obra, y a fuerza de pretender mantener siempre una difícil intensidad, presenta en más de una ocasión páginas dignas de una novela por entregas. Quiere volar a cada instante y a veces las caídas son mortales.

Leyendo uno la novela concibe uno perfectamente el éxito de su versión cinematográfica. « Cuán verde era mi valle » es el libreto ideal para conseguir una película capaz de imponerse al público. El alma de los personajes no es demasiado complicada — recuérdese que la buena psicología es difícilmente filmable — el argumento es simple y al mismo tiempo rico en episodios, los conflcitos planteados poseen en su totalidad una clave al alcance de la mentalidad común. Y además, un hecho categórico y preciso : el método de Llewellyn — quizás sea esa su mejor definición — es por excelencia « cinematográfico », profundamente y esencialmente cinematográfico. Su ritmo, sus diálogos, sus pasiones — todos sus rasgos tienen la característica inconfundible de un drama, si no concebido y construído para la pantalla, magníficamente adecuado para ella. Hasta el lirismo desbordante que en cada página, desde el principio al fin de la obra, es cualidad que el cine parece indicado para aprovechar, puliéndola sutilmente y refinándola sin quitarle lo medular. « Cuán verde era mi valle » debe más a la cinematografía que a la literatura, mal que pese a la pluma de Llewellyn y a sus ambiciones de novelista.

Quede el libro como ejemplo de una técnica novelística superada. Un intento abortado — así quiero pensarlo, al menos — para resucitar un romanticismo ingenuo cuyo símbolo es el llanto; su único símbolo y su único lema. Esa explotación de lo emotivo, de lo lírico, de lo poemático, aparece en cada época como tímido ensayo para volver atrás y detener el tiempo. Richard Llewellyn ha querido desenterrar la novela romántica e idílica, el clásico poema de la rusticidad y el paraíso perdido, pero ha logrado solamente el libreto de una película. En literatura — una vez más hay que repetirlo — no existen los milagros ni las resurrecciones.

R. M. P.

Anastasia, la heroica y la otra

PARA el común del público de hoy, la palabra Anastasia evoca la menor de las hijas del zar Nicolás II, cuya identidad, fundadamente o no, se arroga una anciana retirada en Alemania. Pero en los años de nuestra mocedad ese nombre designaba popularmente la censura gubernativa, tomándolo de los franceses y a recuerdo de la virgen de Sirmium que, en vano martirizada con tijeras cuando las persecuciones de Diocleciano, ganó la Gloria en la hoguera. Diego fuego, y ya piensan ustedes en el escrutinio del cura y el barbero a daño de la biblioteca de don Quijote, en los autos de fe, en las Inquisiciones y primores tales. Pero, sobre que en todas partes cuecen habas (dígalo Miguel Servet, en la libre Ginebra; díganlo las luminarias nazis, de libros y cuadros), resulta que esa «anastasia» de las tijeras o el fuego es de todo tiempo, y muy anterior a la mártir cristiana. Ahí está Sócrates, invitado a darse muerte por «corruptor de la juventud»; ahí los filósofos presocráticos Anaxágoras y Protágoras, cuyos libros fueron dados a las llamas y que salvaron la piel con la huida. Valga, en fin, el testimonio que arrojan las quinientas y más páginas del concienzudo estudio «Censura en el Mundo Antiguo», ahora publicado con el pie de Revista de Occidente por el helenista Luis Gil.

Nacida con los barruntos del poder político. inapreciable arma para el Estado en cuanto se percata de la enorme fuerza propagandística que hay en una literatura hábilmente dirigida y también de los peligros inherentes a una falta de control, la censura deja muestras de sí en la Grecia arcaica, sirve a los «tiranos» para justificar su ilegítimo acceso al poder, enmienda al propio Homero y suprime pasajes de Hesíodo. Por miedo a la palabra escrita, dejó Esparta en meramente orales sus leyes y desterró a los maestros extranjeros y a los libros. Atenas, patria de la libertad, fue quien primero estableció la censura literaria: «contra los excesos del libre pensamiento y la sinceridad de las gentes». En beneficio de la Pax Romana, del imperturbable orden público que «al hacer desentenderse a los ciudadanos de los negocios públicos —apunta nuestro autor—, los torna egoístas, los induce a concentrarse en sus vidas privadas y favorece el afán de placeres y riquezas», el Imperio prohibía la circulación y tenencia de ciertos libros, condenándolos a la hoguera. Augusto, tan generoso con la literatura oficial y laudatoria, impedía los cantos a la antigua libertad o la crítica de su política; Tiberio desterró a los cómicos, a causa de sus alusiones que ovacionaba el público; a raíz de la conjura de Pisón, la literatura enmudeció durante el resto del reinado del intelectual Nerón; Vespasiano desterró de Italia a los filósofos y subvencionó a poetas y escritores para contrarrestar la propaganda de la oposición; Domiciano dio muerte al rétor Hermógenes y crucificó a los copistas que divulgaban su obra. Al liberalismo del siglo II sucede la decadencia de las letras latinas y griegas en el siguiente, como que de entonces fue intervenir la correspondencia y las informaciones de las provincias. las ejecuciones por un mero chiste o por interrogar al oráculo sobre la salud y sucesión del emperador, la destrucción de los textos cristianos y los libros de alquimia, la imposición de una censura organizada, el falseamiento, en fin, de la historia. Aunque la censura alcanzó a la postre menguados resultados, salvo donde iba respaldada por armas más eficaces, entiéndase la acerada dialéctica y la asistencia de razón.

Muy graves, en cambio, fueron sus efectos en el orden cultural. En primera, la pérdida de tantos textos clásicos, superficialmente atribuída hasta hoy a la incuria de los antiguos o a su desvío de obras que ya no estimaban valiosas y, por lo mismo, no se reprodujeron en nuevas copias. Y más sensiblemente la «inertia dulcedo», tristemente señalada por Tácito: «el enfermizo languidecer de todo pensamiento noble y erecto —explica el autor—, la pasividad intelectual a que obligaba el medio ambiente hostil, en un principio aborrecida y finalmente amada como una droga enervante». — M.

ALAS SIN CIELO

por ABARRATEGUI

A ti, Elvira, porque tú eres España y porque tus alas no podrán ser impedidas jamás, aunque cierren el cielo.

Te agradezco lo que me has enseñado, en la abierta página de tus eternidades íntimas, tan mías como de los que ven en ti simbolizado el tesón insobornable, de quien por amor a la Vida ama ante todo la Libertad.

Te agradezco tu virtud callada y tus errores no encubiertos, que tienen la virtud de traslucir la calidad del oro de tu alma.

Te agradezco la rebelión que encarnas y que gritas, con la pasión sangrante de quien, por saber amar, sangre ante todo.

Y el sol, que en la penumbra de recónditas soledades, has esparcido en derredor tuyo y que ha llegado hasta mí.

Como a algo muy mío.

PRIMER CAPITULO

Todos los capítulos de esta historia transcurren en la barraca de Elvira y Bernardo : aposento de pescadores, de dos solas piezas, una sobre la otra. La de abajo, cocina y todo, excepto dormitorio que está en el piso y al que se asciende por una rústica escalera, como la de un palomar. Todo es blanco, pulcro, sencillo. Hay bronces y vistosas flores de papel y viejos retratos de padres y abuelos, que parecen esfumarse. El dormitorio tiene una amplia ventana que da al cielo. La puerta de la planta baja se abre frente al mar. Y parece, en fin, respirarse en el ambiente un rico sabor de algas.

Abriendo bruscamente la puerta, entra con los la negra silueta de una anciana pletórica de energías perversas. Es doña Reyes.

DOÑA REYES. — ¡Gaviota!

(El dormitorio se llena también de luz solar. Cubriéndose con discreto pudor, porque está en prendas interiores, Elvira se retira de la ventana, que acaba de abrir, dispuesta a vestirse).

ELVIRA. — Me llamo Elvira.

DOÑA REYES. — El dolor del miserere debiera ser tu nombre. ¿No bajas?

ELVIRA. — ¿Quién la llama a usted aquí?

DOÑA REYES. — Mi hijo.

ELVIRA. — Bernardo no regresa hasta el jueves.

DOÑA REYES. — Oye : mira cómo te brillan los bronces. ¿Quién te los limpia?

ELVIRA. — Ya le he dicho que Barnardo no está aquí. Salga de mi casa.

DOÑA REYES. — Te los limpia Jaime, lo sé. Viene todas las tardes, el muy simple, con el cuento de traerte limones y arenilla de la Cueva Blanca. Fíate de los tontos. Están llenos de lujuria.

ELVIRA. — Bueno, ¡y qué! Jaime me trae lo que quiere.

DOÑA REYES. — Te debiera traer lo que yo sé.

ELVIRA. — Yo no tengo lugar para la envidia.

DOÑA REYES. — ¿Envidia yo? ¿De qué y de quién?

ELVIRA. — Mira, déjeme en paz.

DOÑA REYES. — ¿A que no sabes que se dice por ahí?

ELVIRA. — A mí no me importa lo que diga la gente, señora. Me ocupo de mi marido y de mi casa. Y Bernardo...

DOÑA REYES. — Sí, lo que te ocupas tú de mi Bernardo, de mi hijo, de mi vida... Pues quieras o no, tendrás que oirlo: Se dice que, aunque está muerta, todavía te entrevistas con tu tía.

ELVIRA. — Yo me entrevisto con quien me da la gana.

DOÑA REYES. — Qué bonito contestarme a mí así, como a una cualquiera. Zorra. Que se te pudra el alma cada vez que respires.

ELVIRA. — Respiro siempre y es usted la que se pudre. ¿Quiere irse de aquí?

DOÑA REYES. — ¿A quién tendrás contigo en tu cama, que tardas tanto en bajar?

ELVIRA. — Tengo... Lo que tengo, doña Reyes, es la pena de no disponer de una lengua de fuego para abrasarla sólo con decirle que sí. Si viene usted a tomar café, en la cafetera hay. Caliéntele, échese una taza, bébaselo achicharrando y váyase, que no quiero verla. No quiero verla.

DOÑA REYES. — Ni yo a ti, ni yo a ti. (Se dirige al fogón, vierte café en un cazo y lo calienta en un infiernillo de alcohol. Se lo sirve y se lo va tomando a sorbos ruidosísimos, mientras habla con Elvira).

ELVIRA. — ¿Y a qué viene usted aquí si no a verme rabiando a causa de su lengua viperina?

DOÑA REYES. — Tú sabes bien que eso entra en el cálculo de mi maldición.

ELVIRA. — ¿Méritos para ir al cielo?

DOÑA REYES. — Si logro tu infierno, sí. Castigar a las almas pervertidas, y tú eres una de ellas, tiene su recompensa en el paraíso.

ELVIRA. — ¿Se lo ha dicho el señor obispo al oído?

DOÑA REYES. — Maliciosa. Nadie me diría al oído lo que se dice de tí.

ELVIRA. — Estoy harta de saberlo. Y usted se pudre porque sus calumnias no me tocan la piel : Que soy una mala puta, que me entiendo con los desahuciados de la vida, que incluso a los muertos les hago caso, que Dios me da lo que me da porque tuve un novio republicano, a quien amo todavía, y porque mi marido no me produce más que náuseas; que soy espiritista, hija de espiritistas, masones, rojos embrutecidos, ¿qué más? ¡Ah!, que se me oye cantar en las noches de plenilunio y los corazones de mis vecinos saltan en sus pechos con sospechosos sobresaltos.

DOÑA REYES. — (En lo suyo). Pues sí, han llegado extranjeros al pueblo.

ELVIRA. — No sería la primera vez.

DOÑA REYES. — Pero esta gente tiene color nuevo.

ELVIRA. — (Interesada, sin poderlo evitar). ¿Negritos de Cuba?

DOÑA REYES. — Gentes que recuerdan la guerra.

ELVIRA. — La guerra, la guerra... ¿No ha terminado todavía?

DOÑA REYES. — Desde entonces, no hemos visto caras nuevas por el pueblo.

ELVIRA. — Caras nuevas... ¿Pueden volver los muertos? Márchese de una vez.

DOÑA REYES. — Ya me voy, niña, ya me voy. Pero antes me tomaré mi cafelito. (Elvira ha terminado de vestirse y componerse con sencillez; pero luce en todos sus gestos un brío apasionado, una sensibilidad limpia, mezclada a una sensualidad fina e insatisfecha, a pesar de que toda ella trata de comportarse desconfiada y brutalmente. Bajo la apariencia de la mujer acosada por una sociedad obtusa, se manifiesta de modo sutil la actitud soñadora de quien se conforma en la vida con las caricias de una bellísima quimera. Su ventana abierta al cielo, o la puerta de la planta baja de su casa, que parece franquear la entrada al mar, son los altares anónimos de una esperanza imposible. Doña Reyes, entre los sorbos ruidosos de café, pregunta) : ¿Has pagado las contribuciones?

ELVIRA. — Sí, y los derechos de sol y luna. En España vamos a pagarnos hasta el derecho de nacer. Pero ¿quién nos paga el de pudrirnos de impotencia?

DOÑA REYES. — Dices unas cosas... Como bruja que eres. Pues lo que te digo : dos hombres, dos extranjeros. Los dos se hospedan en el mismo hotel. ¿Sabes tú? Lo único bueno que tiene es que haces un café muy decentito. Lástima que seas tan pendona y que me detestes. Hija... los padres ante todo.

ELVIRA. — ¿Acabará usted de irse? Usted no es mi madre, pero si lo fuera...

DOÑA REYES. — La gente está que arde. Naturalmente, tu nombre anda por medio.

ELVIRA. — ¿Mi nombre?

DOÑA REYES. — ¡Gaviota!

ELVIRA. — ¿Gaviota?

DOÑA REYES. — Sí. Y dicen, lo que debe ser cierto, que uno de ellos es inglés. (Elvira, sobresaltada, desea descender; pero se contiene con tal de no ver a doña Reyes, presa en su curiosidad y agitación). Anda, mira : un botón por el suelo. Y es un botón de pantalón — dice cuando lo recoge —. ¡Ay, como este botón no sea de mi Bernardo! (Mientras examina el botón): Pues también se dice que mientras estés viva seguirán pasando cosas extrañas en el pueblo.

ELVIRA. — Si me quieren muerta, ¿qué esperan?

DOÑA REYES. — Si no fuese porque mi Bernardo dejó a tiempo las filas de los rojos, no sé qué sería de tí, bribona. La Falange tiene eso en consideración.

ELVIRA. — Y por eso me han puesto en hornacina de calumnias y humillaciones. Les estoy muy agradecida, señora...

DOÑA REYES. — (Sin mucha convicción). Además, temen a Dios.

ELVIRA. — Lo que esa gente teme es quedarse sin algo o sin alguien a quien perseguir. Hay gente que nace y vive para eso.

DOÑA REYES. — Yo me acuerdo de cierto pañuelo con sangre.

ELVIRA. — Yo me acuerdo de la noche horrenda en que a usted la engendró el diablo.

DOÑA REYES. — El pañuelo era de un inglés.

ELVIRA. — ¿Qué sabe usted de cierto? Suposiciones. Sospechas. Malicia que mira ciega, para verse reflejada. Bueno, ¿Y qué quieren ahora ésos, después de tantos años de persecución estática? ¿Volver a zaherir mi vida para justificar consuelos patrióticos? Mis intimidades son mías, y las defiendo con la voz legítima de mi sangre. Y son míos hasta mis yerros. Y si los yerros son míos, ¿por qué esa gente necesita escudarse atentando contra mi suerte?

DOÑA REYES. — El inglés es muy hermoso.

ELVIRA. — La hermosura no tiene nacionalidades. ¿Y a mí qué me importa?

DOÑA REYES. — ¿Por qué guardas aquel pañuelo?

ELVIRA. — ¡Canallas!

DOÑA REYES. — ¿Ves como no contestas? Se te paraliza la sangre en la pregunta. Y es rubio. (Con sarcasmo, aunque a Elvira no se le caiga el peine). ¿Se te ha caído de la mano el peine? Pécora, ésa es señal de que estás temblando, que los dedos no aguantan ni el menor atisbo de pudor. El goce te va y te viene por el cuerpo con semejantes noticias. Dos extranjeros. Están aquí por tu culpa, si lo sabré yo... Pero la honra de mi Bernardo no me la pisoteas más de lo que está. Si te fuera posible, ahora mismito echarías a volar, como antaño hacías cuando, valiéndote de los hechizos de tu tía Gertrudis te convertías en gaviota. Y nada más que para eso : para ponerte al alcance de esa canalla extranjera... ¿A cuántos habrás visto tú morirse en el delirio de tus besos de zorra?

ELVIRA. — No haga usted que baje. No haga usted que su repugnante pescuezo se encuentre entre mis manos, que no me faltan bríos para... Salga de mi casa.

DOÑA REYES. — No, no me iré sin decírtelo todo. ¿Y sabes por qué? Pues porque el otro extranjero no es inglés, no... Es un alemán. ¿Sabes? Alemán Y vamos, yo no sé, yo no puedo explicarme que después de dos guerras, las que nos hicieron a nosotros para ver cómo les iba, y la que luego se hicieron ellos mismos con tanto lujo, vengan a dejarse caer por el pueblo dos fantasmas que fuman tabaco rubio, cuando nos agarramos a nuestras entrañas para tratar de vivir en paz.

ELVIRA. — ¿Y es así como trata usted de vivir en paz. Salga de una vez de mi casa.

DOÑA REYES. — Sí, niña... alemán. A ver si tú nos explicas de una vez qué quiere decir eso... Y los dos, ¿sabes? los dos han pronunciado chapu-

rreando el nombre de ese pájaro con alas... (Por infinita cólera o indecible emoción, Elvira está callada, mirando por la ventana abierta al exterior). ¿Verdad que no te quedan ganas de decir nada? ¿Verdad que en silencio se está mejor? ¿Verdad que la luna es luna sólo por eso?

ELVIRA. — (Como un susurro, para sí misma). ¿Verdad que la tarántula de tu lengua no tendrá ya jamás reposo?

DOÑA REYES. — ¿Pronuncias algún conjuro?

ELVIRA. — Pronuncio mi cólera como puedo.

DOÑA REYES. — ¿No vienes a darme la cara?

ELVIRA. — Que se la dé Lucifer, si es que se atreve.

DOÑA REYES. — (Dispuesta a salir). Allá tú. Volveré con mi Bernardo. Ya lo creo que volveré. No se te acabará, así como así, mi clavo ardiendo.

ELVIRA. Lo contrario pondría en evidencia las formas de su dios.

DOÑA REYES. — Ese corazón que tienes te chorrea de locura, locura.

ELVIRA. — Pues que no le caiga una gota de mi locura en sus ojos, porque podría usted ver caer de un tajo la cabeza grotesca de sus miserias.

DOÑA REYES. — Pero no creas, que ya me quedaré yo al acecho, con mucho gusto, dispuesta a arrancarte mil veces los ojos o lo que sea, como te vea salir al encuentro de alguien... (Sale dando un fuerte portazo).

ELVIRA. — Tendría usted que volar muy alto. (Se retira de la ventana para no verla más que fugazmente al salir doña Reyes. Cierra las puertas de la ventana con un hondo y callado suspiro y luego desciende al piso bajo, de prisa.) se prepara café y al tocar los objetos que sabe ha tocado la vieja, se estremece de repugnancia, los lava y se lava las manos. Toma su café, callada. Enjuaga luego la taza que seca con los demás objetos usados y después de sacarlos los coloca en la alacena. En sus quehaceres evidencia Elvira que ella está, con su finura y su elegancia, de pura integridad moral, muy por encima del mundo mísero en que vive. Se echa, al fin, un mantoncillo y se dispone a salir. Al abrir la puerta encuentra en silueta, con fondo de luz matinal, a Esteban). ¿Otra vez? Vete o te abro la cabeza. ¿me queréis dejar tranquila? Soy Elvira, la de Bernardo Matas. Si él viene y te sorprende te ahogará.

ESTEBAN. — ¿Bernardo? El no tiene... Además, está en Alicante, yo lo sé. Emilio Trujillo lo vio allí anteayer. Iba con una fulana del brazo.

ELVIRA. — Chivato, cobarde. ¿Qué adelantas con decirme nada? Bernardo puede ir con quien le dé la gana.

ESTEBAN. — Y tú, ¿por qué no?

ELVIRA. — Porque por muchas ganas que de eso tuviera, tú, como él y como todos los que quedáis en el pueblo me dais asco, ¿lo oyes?

ESTEBAN El ideal te mata, tonta. ¿Ves? Yo no creo en nada. Me gustan los toros. Esos no defraudan.

ELVIRA. — Pues búscate un toro y ahora mismito estás saliendo de mi casa.

ESTEBAN. — Si no te vendes por nada, Gaviota, date por lo menos cuando ves que te suplico tus caricias con todo el hambre de mi corazón.

ELVIRA. — (Riéndose, asqueada). ¿Tu corazón? No me hagas reir. Aparta.

ESTEBAN. — (Temblando de pura lascivia). No puedo.

ELVIRA. — Oye, oye, ¿qué es eso? Yo no sabía... Voy a cerrar la puerta. Contente, hombre. Aguanta. (Cierra la puerta y se detiene tras ella). Por lo visto no hay más mujer deseable de vuestra impudicia que yo. De vuestros deseos insatisfechos llueven también calumnias. Esta vez deberías tener razón. No tiembles así, Esteban. La noche oscura de esta España harapienta no ha hecho más que grabaros mi nombre en vuestras mentes, para mancillarlo y escupirlo. Hacéis de España, tú y los de tu desvanecida Falange, lo que habeis hecho conmigo : tratarme como a una puta. ¿Has perdido la memoria, Estebancico? Pues bien, vamos a ver, ¿qué es lo que tú quieres que yo pueda darte? ¿Amor de a cinco pesetas? Mira : yo te lo dejo de balde. Pero con una condición : que se lo digas a la gente, que les digas eso, que hago frente, como una leona, a vuestra impudicia con lo que me queda que lucir de mi acosada integridad : Aquí me tienes. Anda, embiste, desayuna.

ESTEBAN. — (Petrificado por el desconcierto que le produce la bravura de Elvira) Bueno, ¿tú sabes? Yo, verdaderamente... (Se deja caer débilmente en una silla).

ELVIRA. — Levántate. (Esteban se levanta como un autómata). Ahora, acércate, pedazo de grito sin ternuras, anda.

ESTEBAN. — ¿Quién te ha dicho a tí que... ?

ELVIRA. — Corre, aproximate, imbécil. Acaríciame, bésame. Si tus dedos me sujetan sin temblores lascivos y mis ojos te brillan con gloria, haz lo que quieras.

ESTEBAN. — (Ahogado por la emoción de un insospechado temor) : Gaviota...

ELVIRA. — ¿Lo ves? Tú no sabes lo que quieres. Tú eres un pelanas y la posibilidad sin sombras que ofrezco a tus oscuros deseos te incapacita para satisfacer tu deseo de siglos. Y tú no sabes, no, tú no sabes que yo en tus brazos sería como la aurora en un carro de estiércol. Anda, anda, vete. Así podrás decirle a la gente otra vez que has estado con la Gaviota, que me has tenido en tus brazos, que te has metido tal como eres en mi cama. (Con desbordante tristeza). Mi cama. ¡Ay, si la gente supiera cuánta soledad hubo siempre en mi cama.

ESTEBAN. — Yo soy un hombre.

ELVIRA. — Y la luna es un circo, y el mar un hilo de sangre, y el cielo una podrida caja de arenques. ¿A qué te sabe a tí la vida, hijo raquítico de mi pueblo?

ESTEBAN. — (Deseando escapar cuando es Elvira quien, riéndose trágicamente, se lo impide). Bueno, ¿me dejas salir? ¿No quieres que me marche? Puede venir Barnardo, déjame salir.

ELVIRA. — Si pudieras me matarías. Pero no pue-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

des. No puedes porque te doy miedo. Las calumnias han hecho de mí una especie de héroe maldito. Tú crees que, como otras veces he podido convertirme en una gaviota, podría ahora, en un instante, convertirme en una víbora para dejarte en los labios ese veneno con el que tan rápidamente podrías ir donde no hay más banderas victoriosas que las que pueden blandir, a su modo, los hombres — y las mujeres — que supieron vivir su dignidad. Así interpretáis la luz cuando la luz se os presenta como navaja que destripa tinieblas.

ESTEBAN. — Ya está bien, Elvira, déjame salir. No diré nada a nadie. Déjame.

ELVIRA. — Anda, pasa, vete. (Abre la puerta, magnífica, y deja pasar a Esteban, quien sale lleno de confusión, como alma que se lleva el diablo). Vete a la mar y lávate la boca con espuma de olas, y no vengas más a estrellar tus pretensiones de sátiro en el quicio de mi puerta. Revienta de ganas si es que con ganas de mi carne te mueres. Que yo ya no soy de carne a fuerza de ser mujer. Que yo soy una bandera de trapos rotos, pero limpios. Aguantáos tú y los que acarician esperanzas mezquinas, como los pájaros sombríos que os acechan, como los perros que se conforman con ladrarle a la luna y los toros, que se resignan a embestir de lejos la cama roja del ocaso. (Abatida, vuelve a sentarse sin ninguna intención de salir. La vida le pesa en la yema de los dedos. Mira en derredor suyo, a su casa vacía, sintiendo en sí misma un vacío indecible. Leonor, una joven de presencia modesta, delicada, la llama a lo lejas).

LEONOR. — ¡Señora Elvira, señora Elvira!

ELVIRA. — Pasa, Leonor, estoy aquí.

LEONOR. — (Entrando, con pena). Ha vuelto a estar aquí ese hombre, lo he visto correr hacia el pueblo como un perseguido. Iba balbuceando maldiciones. Tengo miedo.

ELVIRA (Lejana). — ¿Recuerdas, Leonor? ¿Te acuerdas de aquel día, hace años, tú eras todavía una chiquilla : Me querías regalar tu muñeca. Pues ¿sabes? Me parece que ahora tengo ganas de jugar con tu muñeca.

LEONOR. — Aún la tengo sentada sobre mi cama.

ELVIRA. — ¿Habéis tenido noticias de Antonio?

LEONOR. — Sí, ayer recibimos una carta. Dice que me va a mandar muy pronto la carta de llamada. Luego me pondré a servir, de criada, hasta que todos los papeles estén listos para la boda.

ELVIRA. — ¿De criada?

LEONOR. — Sí, señora Elvira, ¿qué podría hacer si no?

ELVIRA. — Es verdad, ¿qué otra cosa va a hacer una española fuera de España : Servir.

LEONOR. — Dicen por ahí que para servir, como una española, ninguna.

ELVIRA (con amargura). — Mira qué bien. Nuestro orgullo soberano tiene algo precioso por gala.

LEONOR. — ¡Ay, si usted pudiera venirse conmigo a Francia!

ELVIRA. — ¿A qué?, ¿a servir? No, Leonor; mi sitio está aquí, con mi marido. Así me lo ha impuesto la vida... nuestra vida. Esta es mi casa. Yo me moriré aquí, sin ver más cielo que ése que se que la Santa Madre Iglesia monopoliza, pero del que yo puedo obtener por mi cuenta, ¡que nadie lo sepa!, un poco de sol y mucha ilusión. ¿Quién ha dicho que de ilusión no se vive ya? ¿De qué vivimos nosotros? No. Es verdad. De qué vivimos, no; de qué morimos en España. (Elvira se ha quitado el mantoncillo que tiembla en sus manos trémulas y cae luego al suelo, como un símbolo. Leonor, sólicita, lo recoge y lo ofrece a Elvira, como otro símbolo, mientras cae el telón coincidiendo con las últimas palabras).

(Continuará.) **ABARRATEGUI**

FABIO LUZ, PADRE E HIJO

PARA abrirse paso en el campo de batalla de nuestro siglo, Fabio Luz Filho no necesitaba ser hijo de un padre ilustre. Pero las circunstancias han querido que tuviera como antecedente hereditario, médicos de probada ciencia y saber, canónigos de profunda fe meditativa, militares que no llevaban armas de guerra y, muy cerca de él, células vivas incrustadas en sus venas sedientas de libertad.

Nació en Río de Janeiro con la alborada de 1900 y es el hijo mimado de una estirpe que se extingue. Su padre, Fabio Luz, médico de profesión, literato de oriente tolstoiano, educador, dramaturgo, ensayista y sociólogo, que durante más de cincuenta años mantuvo el prestigio intelectual brasileño en las páginas del periodismo de su país, falleció hace apenas una docena de años. Y quiso que el joven se identificara con el universo espiritual a través de los clásicos, en las disciplinas literarias, poéticas y sociales, a lo largo y lo ancho de toda la filosofía.

Echado a tan ubérrimos pastizales, desde muy joven comenzó a dominar las ciencias y las artes de la antigüedad y a tomar posición en las trincheras del pensamiento contemporáneo que, en estos momentos se encuentra en pleno desarrollo revolucionario con el fin de demostrar a los hombres si diez mil años de conocimientos históricos y dos mil de huérfana religión cristiana sirven para algo.

Después de cursar humanidades, la Universidad carioca le graduó de ingeniero agrónomo. Pero, acuciado por su madre, doña Rita Luz Furtado, prosiguió los estudios hasta doctorarse en ciencias económicas. Bautizado así en las aguas de Adán Smith, de Ricardo, Juan B. Say, Rouseau, Hobbes, Feurier y Bentham y las escuelas positivista y racionalista que nos antecedieron, Fabio Luz llegó a nosotros, luego de domesticar la luminosa etapa filosófica que expira con Fouillée y Guyau con fuego e ideales de la Revolución francesa.

Por el histórico remanso de la democracia, desembarcó en el puerto de la libertad, sometida en este instante a sus pruebas más duras, como consecuencia de un afán de estudiar al hombre como entidad humana, como sembrador, pionero, precursor. Estudiante y siempre estudioso, Fabio Luz Filho se quema la vista y el alma en una cárcel cuyos muros pretende derribar, para hacer algo que contribuya a mitigar una parte de los 360 grados de las soluciones humanas. Presa de tan dinámico imperativo, entiende que si bien el cooperatismo no puede resolver la totalidad de los problemas, está en él atenuarlos, por su misma función específica de solidaridad y ayuda mutua. Porque, cual nos encontramos ubicados en nuestra esfera terrestre, la solución fundamental, aun en el mejor de los casos, no puede ofrecérsenos en bandeja de plata, ni resolverse a través de decretos ni resoluciones internacionales o mundiales, sino que ha de obtenerse en el mismo núcleo de fuego del metal ígneo.

Si bien al cooperativismo no se le puede pedir más, aunque no sea un fin, es un sólido vehículo en el que podemos ir seguros camino del supremo objetivo, con su indiscutible buena voluntad de unir a los hombres por los medios de las necesidades más íntimas, que es una gran virtud. Y ese pensamiento, tanto en la letra como en el espíritu, es el que capea en **El cooperativismo y el Estado** en su esencia más pura. Y es que el autor, idealista como todo poeta y profeta visionario, se sirve del instrumento cooperativista para hacer algo por iniciativa propia, sin apoyo ajeno, con ideas suyas, para demostrar que las obras se inician por el comienzo y puede llevarse a término con férrea voluntad, acción constante y decisiva.

Más de 40 trabajos publicados en torno a tema tan apasionante jalonan el esfuerzo de Fabio Luz Filho que, en América latina y en varias otras naciones, se le distingue como uno de los cooperadores de mayor fuste que, sincera y resueltamente, encara los problemas económicos mundiales y se esfuerza por vencerles. **El cooperativismo y el Estado** puede considerarse como el ideario del autor, que lo ha escrito exprofeso para InterCoop y que se complace en ofrecer al público castellano.

Parábolas de Han Ryner

El rebaño que bala

ENTRE los discípulos muchos parecían mudos mientras Psicodoro estaba allí. Pero entre los que hablaban, se habían hecho notar desde los primeros días. Eubulo de Andros era hábil en seguir el sentido flotante de las parábolas. A menudo, continuaba el pensamiento del maestro. Afirmaban algunos que se parecía a Psicodoro como un hijo se parece a su padre. Sin embargo, rubio y dulce, dicho joven tenía en la sonrisa y en el espíritu la ternura que Psicodoro jamás tuvo y mucha menos malicia.

Pero Excyclo de Megara era un ser apasionado y singularmente cambiante. Con una facilidad pueril pasaba de las lágrimas a la carcajada sonora. A veces exageraba el pensamiento del maestro hasta hacerlo repelente al mismo maestro; y entonces solamente amaba él dicho pensamiento. Casi siempre, se encarnizaba contra lo que se había dicho; y tenía la manía de disputar sobre todas las cosas, como un perrito de dolorosos dientes muerde a cuanto objeto encuentra. Vanidoso y obstinado, se esforzaba en hacer admirar la ingeniosidad y la independencia de su espíritu. Chispeaban sus ojos cuando creía mediante una pregunta engañosa, dificultar al viejo filósofo. Pero detestaba a las parábolas y a todas las respuestas que sonríen y se ondulan como la luz. Quisiera que se le hubieran opuesto fórmulas precisas, de esas afirmaciones y negaciones rígidas que el espíritu capta, con irritada mano, para romperlas y desgarrarlas.

Un día después que Lycon se había ido, Excyclo interrogó en estos términos :

— Oh, Psicodoro, ¿ produce menos males la moneda que el manantial envenenado del cual hablabas ayer ?

Recibió, pues, esta respuesta :

— La moneda produce más males ella sola que todos los manantiales y todos los torrentes que caen de las montañas.

— Pero, volvió a decir, el que la inventó pensó solamente a ciertas ventajas que produce. Quiso ser el bienhechor de los hombres; quiso facilitar los cambios que el trueque hacía penosos o inciertos. Me parece, pues, que debes absolverlo como absolvistes al manantial. O quizás te gusta y admiras.

Psicodoro levantó los hombros.

La palabra de Exciclo se volvió áspera :

— Si bien comprendo, oh maestro, con la respuesta poco precisa con que dignas honorarme, en verdad cometes una injusticia, puesto que de dos actos semejantes, condenas a uno mientras absuelves a otro.

— El inventor del dinero, hijo mío, no se parece al manantial alto. Fue preciso para finalizar en tal invento, un pensamiento singular aplicado a las cosas bajas. Y nada ha dado que corresponda a las necesidades sanas del hombre. ¿ Qué cosa ha producido que pueda satisfacer tu hambre, o protegerte contra el frío, o ponerte al abrigo del temor y del deseo ? Mas bien es el envenenador que, entre el manantial y la ciudad, ha interpuesto la fábrica; envenando así las aguas, ensuciando con reflejos metálicos y fétidos lo que viene a nuestra boca.

Psicodoro se calló un instante y sus labios, antes plegados como sintiendo asco, se volvían lentamente una sonrisa.

— La naturaleza, prosiguió, ha querido que los frutos, las carnes y las otras cosas necesarias se conserven poco tiempo. Esta sabia previsión estableció entre los hombres una fraternidad y algo así como una necesidad de bienestares recíprocos. Antaño, el que tenía demasiada comida la daba a su vecino, aunque ese vecino no poseyese nada útil para el trueque. La generosidad era el solo remedio al sufrimiento de ver perecer al bien inútilmente.

Los ojos del filósofo parecían mirar a un lejano y dichoso horizonte. Una tristeza, al contrario, los cerraba casi siempre mientras terminada su discurso :

— Hoy, por desgracia, el dinero permite cambiar lo que perecería contra una materia duradera, sin uso y sin valor en sí misma, pero que nuestra locura acepta como riqueza real. Bajo una forma tan dura como un corazón de rico, el que tiene demasiado amontona lo que le falta a los otros; edificando, con el hambre de los pobres, el edificio de su potencia y de su servidumbre. El inventor de la moneda ha perfeccionado algo : ha perfeccionado la tiranía de la esclavitud; ha hecho duradera, sólida y creciente a la desigualdad que antes era precaria, ligera e incierta. Es el padre de miriadas de muertes, de miriadas de mentiras, de miriadas de violencias y de miriadas de bajezas. ¿ Ha previsto algunos de sus crímenes o los ha querido, bandido que ríe enmascarado ? No lo creo. Era más bien como aquéllos que el pensamiento vil perjudica cuando pretende servir, como aquéllos que solamente dan su basura y que reparte al azar su estiércol, lo mismo encima del pan que acaba de cocerse que sobre el campo que se va a sembrar...

— Sin embargo, objetó Excyclo, los pueblos alaban al dinero y eternamente lo alabarán.

— ¡Noble argumento para un filósofo!, exclamó Eubulo.

A lo cual respondió Psicodoro :

— Escuchad una parábola :

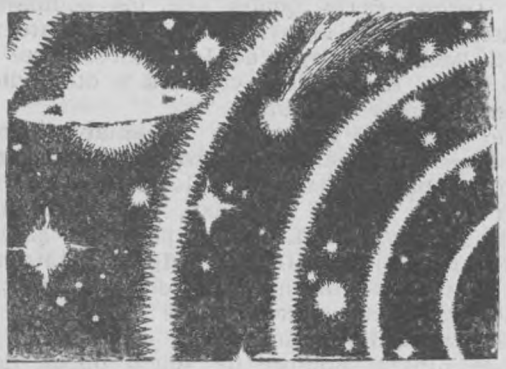
Un hombre dijo a un rebaño de carneros :

— Debéis quererme, pues he afilado con arte el

LA CREENCIA

ME niego a seguir a sir W. Hamilton en la confusión que establece entre dos sentidos distintos, y aun radicalmente opuestos, de la palabra **creencia**. Esta «se aplica de ordinario a las afirmaciones de conciencia de que no se puede alegar ninguna prueba; unas siendo indemostrables porque son la base de toda demostración, otras porque los argumentos faltan». En otro lugar he expuesto esta distinción en los términos siguientes:

«En general, cuando decimos que «creemos» una cosa, es porque no podemos dar una prueba decisiva, o porque sobre ese asunto hemos sido sometidos a alguna impresión indefinible. **Creemos** que la próxima Cámara de los Comunes abolirá los impuestos de iglesia; **creemos** aún que tal persona de la que miramos el rostro tiene buen carácter. En otros términos, cuando no podemos dar de una cosa que pensamos sino pruebas insuficientes y confesadas como tales, o cuando no podemos dar ninguna, la llamamos una «creencia». Y lo que caracteriza esas creencias y las distingue de los conocimientos, es que es fácil en ellas romper el lazo con los estados de conciencia antecedentes: lo cual es difícil en cuanto a los últimos. Pero, en desgracia, la palabra «creencia» se emplea también para las relaciones indisolubles que se forman en la conciencia y que duran en ella algún tiempo o persisten para siempre, y que se hacen aceptar por la única razón de que no podemos deshacernos de ellas. Cuando digo que siento un dolor, que digo un sonido, que veo una línea y que me parece más larga que otra, es como si dijera que se ha producido en mi estado cierto cambio, y no puedo dar de este hecho una mayor prueba después de éste: que está presente en mi espíritu... Se ha tomado, acabamos de decirlo, la palabra «creencia» para expresar una convicción de que no podemos



dar sino una razón insuficiente y reconocida como tal, cuando podemos dar alguna: de ahí viene que, si se nos apremia demasiado a decir sobre qué base reposa cualquiera de las afirmaciones primeras de la conciencia, respondemos, a falta de poder alegar ninguna razón, que es para nosotros una creencia. Así, un mismo nombre reúne dos cosas situadas en los dos polos del conocimiento. Por consiguiente, estas dos ideas, la de las relaciones de pensamiento más fuerte y la de las menos coherentes, se influyen una a otra: de ahí grandes errores.»

Ahora, la creencia en un dios personal, tal como pretende obtenerla de los sentimienos morales y religiosas, no es una de esas creencias que escapan a la demostración porque sirven de fundamento a toda demostración; eso es muy claro. Basta recordar que, en los libros de teología natural, se deduce la existencia de un dios personal de esos sentimientos; no está, pues, contenida en ellos, no está asociada a ellos como une intuición, que sería inseparable de ellos. No hay ahí una creencia del género de éstas: que a esta hora amanece, que tengo delante de mí un espacio libre; éstas, no las podemos demostrar, pero es porque son tan simples y no menos ciertas que en cada uno de los elementos de una demostración. Si la primera entrara en este género de las creencias muy ciertas, todo argumento sería superfluo: no hay una raza de hombres, no hay ni un individuo que no se hubiera adherido invenciblemente a ella. Es, pues, claro, que sir W. Hamilton confunde los dos estados de conciencia que llevan el nombre de creencia, que son por otra parte tan diferentes, y que atribuye al segundo una certidumbre propia del primero y sólo a éste.

HERBERT SPENCER

---

cuchillo que ha de degollaros. Aclamad, pues, a vuestro bienhechor.

Al oír esto los carneros balaron en conjunto. Pero no pude adivinar si el balido significaba una aprobación. Ya que el balido de los rebaños y de los pueblos aclama siempre a los matarifes que afilan los cuchillos. Sin embargo, a veces su sentido es oscuro, equívoco y estremecido. Afirman algunos que la voz del Pueblo es la voz de los dioses. Tal vez tienen razón y — hasta que un sacerdote o un orador los traduzca de modo que complazca a los tiranos —, el rugido del trueno, el vuelo de los pájaros, el balido de los carneros y los gritos discordes del Pueblo no significarán absolutamente nada.

HAN RYNER

(Trad.: V. M.)

Jovellanos

FUE Jovellanos uno de los políticos más grandes de su tiempo, uno de los mejores escritores del siglo XVIII, un extraordinario y regocijante poeta Asturiano, de Gijón, Sería bueno que los compañeros conocieran **La ley agraria** y **El delincuente honrado,** de Melchor Gaspar de Jovellanos. Pérez Galdós lo elogia tanto como vitupera a otros dieciochistas. Oigamos a Galdós:

«Siglo XVIII, frivolidad y amaneramiento. A. Benegasi, Bernaldo de Quirós y Alvarez de Toledo, no hay paciencia que los resista. Gerardo Lobo y Diego Torres Villarroel, no valen mucho más. El marqués de Lazán es poeta de gabinete (menos que de juegos florales). Ignacio Luzán no es un gran poeta ni un gran estilista. Montiano Luyando, criticastro, dice esto de la segunda parte falsa del **Quijote,** de un tal Avellaneda: «No creo que ningún hombre de juicio pueda declararse en favor de Cervantes». Nasarre, enfático, detractor de Calderón de la Barca, simpático, afable, bondadoso, luzanista, afrancesado, puro idólatra de la forma. Su poesía carece de virilidad. **Guerras civiles entre los ojos negros y azules** es una estupidez. Todas sus obras carecen de brío. Los verdaderos valores de este tiempo son Jovellanos y Ramón de la Cruz.»

Así como Carlos III fue rey y hombre, su hijo Carlos IV no fue ni uno ni otro. Prescindió de Floridablanca y Aranda, ambos la mitad y una buena parte más del reinado de su padre, sobre todo el oscense don Pedro Abarca de Bolea, conde de Aranda, que fue quien llevó a cabo la expulsión violenta de los jesuítas. El decreto decía lo siguiente: «Estimulado de gravísimas causas relativas a la obligación en que me hallo constituído de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis pueblos, **y otras urgentes y necesarias que reservo a mi Real ánimo,** he venido en mandar se extrañen de todos mis dominios de España e Indias y Filipinas y demás adyacentes, a los religiosos de la Compañía, así sacerdotes como coadjutores o legos que hayan hecho la primera profesión y a los novicios que quisieran seguirlos.

Para Jovellanos, ministro de Justicia, no era la vergüenza de soportar a Godoy en una corte que hedía a majada y a cuernos consentidos, debiéndose a esto su caída y encierro en la Cartuja de Mallorca. Ocurre el motín de Aranjuez, y el Príncipe de la Paz salva su vida detrás de unas esteras arrolladas donde la reina adúltera lo escondiese. El quinto rey Borbón, en lo moral, se diferencia apenas de Enrique el Impotente y de Carlos el Hechizado, y las reinas, principalmente la segunda mujer de Enrique IV, madre de la Beltraneja, se dan la mano con María Luisa de Parma. La última esposa del «Trompa» (Fernando VII), al enviudar, salió de España volando: pero chiflada por Fernando Muñoz, guardia de Corps, reapareció en la Corte isabelina (su hija Isabel II, otra que tal baila...) arreglado su matrimonio morganático o de la mano izquierda con Muñoz, hecho aprisa y corriendo duque de Riansárez.

Jovellanos era un gran admirador de los enciclopedistas, como el aragonés Aranda, como el portugués Pombal, moralmente muy parecido entre sí, con una actuación política coincidente. Se consoló de sus sufrimientos, muchos y grandes con la poesía. De Melchor Gaspar de Jovellanos dice Azorín tanto como diría un anarquista, a saber, si acordándose de cuando él empezó escribiendo en anarquista... para terminar escribiendo en fascista. Vamos a verlo:

«Ardientemente se levanta contra los vicios y podredumbres de la sociedad de su tiempo; con extrema dureza condena a una aristocracia estólida y ruin. A la «humilde» plebe hace apelación para que irrumpa violentamente en la vetusta sociedad y la vivifique. A la justicia impreca: la justicia que «mueve crudamente su brazo» contra los infelices, impulsados al delito por la necesidad o la ignorancia, y perdona el desorden cobijado bajo «dorados techos». Su visión de un futuro va tan lejos como pueda soñarlo el más paradisíaco visionario. ¿No vendrá el día — pregunta — en que la Humanidad, cansada de duelos y de lágrimas, viva tranquila, unida fraternalmente? ¿En que «del uno al otro polo» reine la paz y la justicia? ¿No llegará el día en que los hombres tengan odio a la guerra? ¿En que apelliden bárbaro y lo tengan por común enemigo al que hable de la guerra? En la propiedad ve nuestro poeta el origen de todos los males; día vendrá en que ese obstáculo formidable desaparezca. «El fatal nombre será detestado primero y luego desconocido». «¡Infame, funesto hombre — exclama el poeta —, fuente y causa de todo mal!» Cuando ese obstáculo desaparezca todos los hombres serán hermanos; un solo pueblo llenará la tierra; una gran familia será la Humanidad. Ni cultivará entonces la tierra el labriego «para un ingrato y orgulloso dueño»; ni el marinero surcará los mares en busca de oro, en bárbaros países, «para un malvado»; ni a ese oro dará forma el artesano en fraguas ardientes o en hediondos sótanos...»

. . . . . .

Compañerito: lee las obras de Melchor Gaspar de Jovellanos que, junto con las de nuestros maestros contribuirán a tu capacitación y harán de ti un instruído y completo anarquista.

CIUDAD LEVITICA

Mi caja de estampas

MENOS importante que la de Castejoso, la estación de Ludeta dista mucho del tranquilo apeadero. Castejoso, una estación: Ludeta, ciudad navarra con cerca de veinte mil almas. Puente sobre ancho río: el Ebro. Almadías que de la parte de Tarragona vienen resbalando por el río: de lejos, el timonel aparenta un niño enhiesto conduciendo un patín. Vale un imperio la Mejana, y otro Mofera. Fábricas de conservas, la antiquísima de fósforos, la de fuegos artificiales y la relativamente moderna Azucarera Ludetana. Rica en vinos, frutas y legumbres. Por no recuerdo qué ardid político, a que se refería mi abuelo de palo, Castejoso disfruta la estación de primera clase proyectada en Ludeta. Tiene en más sus antiguos fueros que sus célebres espárragos y sus codiciadas alcachofas. Iglesia catedral, iglesias, santuarios, conventos, seminario, colegio de jesuítas...

A recordar me pongo mientras llega el autovía de Turiasa-Episcopo, en sustitución del trenillo de antaño, «el escachamatas», que enlazaba a duras penas con el tren. Mucho ha llovido (sobre mí) desde que no piso esta tierra. A los nueve años mis padres, pudientes, me trajeron de Romeral del Queiles al Colegio de San Francisco Javier (jesuítas), que haberosa dama fundase. Retengo el número 43, apellidos de PP., nombres y apellidos de alumnos. Recuerdo también mi expulsión el tercer año de bachillerato por rebelde.

«In mente» deambulo por la ciudad. A la salida de la estación, la calle del músico Echenique conduce al Paseo del Invierno. En mejor punto no pudo construirse la Plaza de Toros: anchura, alegría, liños de acacias. Con mi padre, el caballero Puyo, asistía a la feria santiagueña, en vacaciones, tremante de gozo. Orquestas, gaiteros foranos, gente de limpio. Baile y fuegos artificiales en la Plaza de los Fueros, ahora en Santiago, tan concurrida como por el Descendimiento del Angel: Comedias de capa y espada, Carral y la Remigia (títeres), Faíco y Minuto, cuando no Mazzantini. Y la descomunal parada de la Pepa. Conforme vamos a la Corredera, el hotel Virtudes, tan solícita, la fonda de Urbez, más rocera, en la cantonada; la Glorieta, con su animación. Contiguo al Prado —sembroso, idílico— el Café Ludetano, frente al Pretil, demasiada rumba para el Queiles.

Ya estoy en la Corredera. Tal vez el organista don Jerómin va dando lecciones de música a domicilio y en el portón de las Clarisas tropezamos. Vara y media mide, siendo un liliputiense buen mozo. Hablamos del compositor Echenique, ludetano, a quien el organista del Carmen —eso es don Jerómin— tanto admira.

—Mire usted que Echenique vale más componiendo motetes que obras grandes.

—¿Motetes Echenique?... Perdone usted que no le haga caso.

Y entra en el Círculo —jabardillo de ociosos—, frente a la Posada de Colambrea. Aquí, el arcoboca de la Plaza; los del extremo hacia el cementerio y el matadero, ojos; la nariz, chata, la pone el tritón de la fuente. Banda siniestra: el hospital con su balcón corrido y su poyo bajero de parte a parte. Derecha: la escribanía de Ibiza, la lotería de Casanueva, distribuidor de la Arrendataria y encargado del Giro Mutuo, más el Café de Urbano (buen soconusco a la española, soletillas de canela, bolados y refrescos con suplicaciones). Dudo entre meterme por el ojo que a las Ferrerías conduce —en el Matadero el chiribitil de Espaime, la imprenta de Bajarán, y el Teatro Echenique, frente al comercio del desorejado Azpelicueta —o curvarme por la Concarena, en dirección al Abasto. Me tienta la confitería de Pardinas, la tienda de Melitón convertida en «De Profundis» —el señor Deán, el rupustre Merendola y el violinista Landete, entre otros tertulianos—, el vistazo a las hijas de Melero (ultramarinos y del país) y la trulla de recovecos y marchantes en el Mercado. Opto por las Ferrerías. Entraré un momento en la botica de mi tío Angel. Mi tía Gertrudis, mis primas, mis primos —principalmente el mudo—, sin comprender que salgo harto de Urbano y de Pardinas, se enojarán si no hago honor a los azafales con cerezas alvidriares y ciruelas amacenas, máxime si no encomio el nuégalo de mostillo y naranja, especialidad de tía Tula; Item, las exquisitas frutas de sartén.

Las Ferrerías tienen árboles como la Corredera, pero el acerado es más ancho. Casalicios habitados por señores de pro con robadas de tierra en la Bardena y heredades en Rudiana, bonetes de coro alto, boinas coloradas, apolilladas togas, bastones de mando, el omnipotente cacique y el hidalgo de gotera descaecido. Mi colegio, en San Gundián, próximo al de mi hermana María, no lo visito. El membrillar, sí; fuente cuca, iglesia de barrio, escuelas (meadinas). Varga arriba, la fragua Unzué, ruidosa, molesta; en ella Boccacio (cuentos verdes). Holgazanes en San Roque, por bajo a la sombrerería de Gandaria, junto a la fuente-obelisco, por remate la alharaca del farolón; las mozas llenan los cántaros con tubos parecidos a cetros. En la calle torrentera, el Mercado de espaldas. En seguida, el cuartel sin soldados y la Prevención con bribones. ¡Y todo esto es medio siglo a costillas! El tren.

PUYOL

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

VERSIONES

por DENIS

EL

Creo que cuanto más se piensa menos se escribe, y que escribir mucho es signo de pensar poco.
D.

ERASE un aldeano iletrado, pero, sin letras, poeta y filósofo.

No hacedor de versos, ni constructor de sistema alguno del mundo: creador de belleza (olor de hierba, rumor de árboles, murmullo de aguas transfigurados), y fuente prístina de sabiduría, derramada en sentencias breves, simples, no originarias de nada aprendido y con sabor de siglos.

Un trotamundos, compañero suyo de juegos en la infancia, que cuando pasaba unos días en la aldea no buscaba otra compañía que la suya, porque le oía cosas nunca en parte alguna oídas, porque era para él ejemplo de hombre en ningún lugar visto, le enseñó —tenía ya treinta años— a leer. Sin que él se lo pidiera: para estar más horas a su lado, para gozar más tiempo del balbuceo con que transfiguraba las cosas, de las frases en que resumía hechos y acontecimientos, actos del hombre y el hombre mismo, obra inacabada, como él le llamaba.

Fue el aprendizaje fácil y difícil. Fácil, porque el aprendiz parecía saber ya cuanto se le enseñaba; difícil, porque no disponía el maestro de libro adecuado para su enseñanza, ni quería buscarlo, y a poco le pareció ridículo buscarlo. El mismo trazó las letras, luego las sílabas, luego las frases. Ninguna suya; ninguna copiada aquí o allá. Todas del aprendiz. Sonreía éste al deletrear, lentamente, sus propios pensamientos. Como si los hiciera nacer otra vez. Y muchas veces, nacían otra vez. «No, no —exclamaba—, no es así. ¿Para qué tantas palabras? Está mejor de otro modo». Y lo que antes había expresado en cinco vocablos, lo expresaba ahora en tres. Aprendía el maestro al enseñar, y partió, cuando el aprendiz leía ya correctamente, cargado de saber nuevo. No útil: saber que había enriquecido su ser, que se había incorporado a su ser y le haría asistir al espectáculo del mundo con otros ojos.

El aprendiz, partido el maestro, no pudo, en mucho tiempo, hacer uso de lo aprendido. No había en la aldea, miserable, miserable, libros que leer, y raros eran los habitantes que hubieran podido leerlos. Un solo periódico que llegaba, lo recibía hombre que, por dueño absoluto de la aldea, trataba desde lejos a sus convecinos. Nunca había hablado el ya lector con él, y no sentía ningún deseo de hablarle, ni aun para leer. Pensar en adquirir libros, era un disparate. ¿De dónde sacar el dinero? Como muchas veces de las que se aprenden, habría aprendido a leer en vano. Y tal vez otros hombres habían visto las cosas como él las veía, o mejor que él las veía. Y tal vez otros hombres habían escrito de las cosas lo mismo que él pensaba de ellas, o algo diferente, pero más exasto. Tal vez el hombre no era para ellos, y nunca sabría por qué, una obra inacabada. Tal vez no verían en la sonrisa de los arroyuelos, sonrisa sonora, sosiego de toda inquietud, y tampoco nunca sabría por qué.

Un vecino, al que había ayudado a sacar adelante la nidada de sus hijos, con sus consejos y con su ayuda, amaneció un día rico: un tío, en América —las leyendas se basan en la realidad—, le había dejado (único sobrino), fabulosa fortuna. Pronto, aunque disminuida (habían puesto mano en la herencia, antes, las leyes y sus intérpretes: abogados y notarios), entró en posesión de ella. Marchó a la ciudad, el mismo día, y volvió, al siguiente, con ropas y zapatos para sus hijos, para su mujer y para él. Y entre las ropas y los zapatos, sesenta volúmenes para su amigo: las obras completas de un poeta y dramaturgo, historiador y novelista, crítico y a ratos perdidos filósofo, poco hacía muerto, y cuyo nombre había resonado como ningún otro durante más de medio siglo: hasta en la aldea, donde nadie leía.

Regalo conmovedor: no sabía leer el que lo hacía. Difícilmente habría encontrado, para aquel a quien lo hacía, prueba más delicada de su afecto. Se estrecharon la mano, en silencio, el agradecido de ayer y el agradecido de hoy, y el agradecido de hoy salió para su casa —¿habría sitio en su casa para colocar los sesenta volúmenes, grandes, grandes?— con su preciosa carga.

Aquella misma noche comenzó la lectura. Entrada en un universo nuevo. No desconocido. Nada, nada —se lo confesaba, no con orgullo: con humildad— le era desconocido. Había estado una sola vez en la ciudad. Ninguna sorpresa le asaltó en la

ALTA POLI...

«En toda ciudad existen dos inclinaciones diversas, una de las cuales proviene de que el pueblo desea no ser dominado y oprimido por los grandes, y la otra de que los grandes desean dominar y oprimir al pueblo.»

«Si los grandes ven que no les es posible resistir

CRITICO

visita. Había visto ya, sin verlos, aquellos hombres y aquellos jardines, y aquellos paseos, y aquellos edificios, y aquellas calles. Se repetía ahora, con la lectura, idéntico fenómeno. Había visto ya lo que el poeta veía, había sentido ya lo que el poeta sentía, había pensado ya lo que el poeta pensaba. Pero mucho, mucho más simplemente. No con menos acierto: con más cierto. «¿Para qué, para qué —se decía con frecuencia— tantas palabras?»

Dos años duró la lectura, lenta, lenta y silenciosa, en su pobre casita, después del duro trabajo del día. Sin cansancio —descanso para el cansancio del trabajo—, aunque rara vez descubría sentimiento o pensamiento que le fuera nuevo. Cuando, de tarde en tarde, muy de tarde en tarde, la trompa de los versos o el río tumultuoso de la prosa le ofrecían perla no sospechada, hacía al margen un signo apenas visible: volvería, así, cuando quisiera, a contemplarla.

Cuando ya había dejado atrás más de la mitad de los volúmenes, un día que la trompa de los versos demasiado sonora, le había aturdido, recibió carta del trotamundos: la primera que en su vida recibía.

«No te he escrito hasta ahora —le decía el amigo— porque nada importante tenía que decirte. Hoy sí tengo que decirte algo importante. Trabajo y gano dinero. Cosa rara, porque trabajando nunca se gana. Quiere decir eso que aquello de que trabajo es un modo de decir. Gano dinero, eso sí. Y lo primero que he pensado, al ganar dinero, ha sido en enviarte libros. Dime qué has leído, si has leído algo, qué lees, si algo lees, y qué te gustaría leer. En cuanto reciba tu respuesta te enviaré libros, tantos como quieras. No quiero ser yo quien elija tus lecturas. Al contrario, si has leído ya algo, me aconsejaré de ti para leer.»

Con gran dificultad —había aprendido menos a escribir que a leer—, el aldeano contestó a su amigo qué leía, y le rogaba que, por el momento, nada le enviara. Después, cuando hubiera terminado la lectura en que estaba metido, hablarían si podían, hablar. Porque le intranquilizaba un poco eso de que ganara dinero. Como no se gana trabajando, ¿dónde se había metido su amigo? ¿Podría, en lo sucesivo, ser su amigo?

Llegó otra carta del trotamundos, respuesta a la del aldeano. Sin una palabra sobre el dinero, tema peligroso, con muchas sobre las lecturas. Entre otras: «Hay más de cien volúmenes sobre el poeta que lees. Empiezo a adquirirlos para ti. Sabrás quién fue, qué hizo, a dónde estuvo, cómo y cuándo estudió, cuál fue, en fin, su vida, y qué nos ha dejado con su obra. Ni uno de sus pasos te será desconocido; todos sus versos han sido analizados; y todos sus dramas; sobre todos los personajes de sus novelas se han hecho estudios que te harán verlos por completo, comprenderlos por completo; todos los acontecimientos que ha historiado han merecido comentarios que los aclaran, que nos ayudan a interpretarlos, que nos hacen asistir a ellos; ni una frase suya ha dejado de merecer la atención de críticos y escoliastas».

Contestó nuevamente el aldeano, con menos dificultad.

«Veremos, veremos si me interesa leer esos cien volúmenes. Sospecho que no. He analizado yo los versos del poeta, estudiado los personajes de sus dramas y de sus novelas, e interpretado sus relatos. En cuanto a su vida, la que no esté en su obra, ¿qué interés puede tener? No más que la tuya, o la mía, o la de no importa quién. La vida nos es común a todos: no la obra. Y en lo que la obra no nos es común, saliéndose de lo común, ¿qué vale? No he encontrado, en la del escritor que leo, tan fecundo, grandes cosas. Y las pocas que he encontrado, enterradas entre montones de palabras inútiles. Han tomado otros, sin duda, las palabras inútiles, por valiosas. ¿Para qué leerles? Temo que hayan multiplicado las palabras inútiles. Hojearé, sí, sus libros: no me meteré a averiguar cómo descifran lo por mí descifrado. Buscaré otros autores que descifrar yo. Menos, menos caudalosos que el ahora leído. Creo que cuanto más se piensa menos se escribe, y que escribir mucho es signo de pensar poco. Y que no hay, para las cosas graves, sino las palabras graves: escasas, escasas. Y para las cosas bellas, las palabras bellas: más escasas aún. ¿Por qué darlas aquellas envueltas entre otras que nada dicen, éstas mezcladas con otras que les quitan esplendor ?»

Llegó el trotamundos a la aldea con muchos, muchos libros para su amigo. Más deseoso que jamás de estar en su compañía, de oírle, de verle.

—¡Pobre poeta! —le dijo, cuando el amigo le hubo mostrado los signos apenas visibles trazados en los márgenes de los sesenta volúmenes—. ¡Qué has dejado de su obra!

—He dejado justamente su obra: unas doscientas páginas.

...TICA BAJA

al pueblo, comienzan por formar una gran reputación a uno de ellos y, dirigiendo todas las miradas a él acaban por hacerlo príncipe, a fin de poder dar, a la sombra de su soberanía, rienda suelta a sus deseos.»

MAQUIAVELO

Folletón de CENIT

por Víctor García

El pensamiento anarquista

(Continuación.)

Se puede decir que Sylvain Marechal se sumó a Babeuf por las grandes ansias que tenía de actuar pero sus alcances sociales no iban paralelos con el comunismo estatal anunciado por los « Iguales ». La frase introducida en el manifiesto era una corroboración a sus ideas de arcadias sin gobierno exteriorizadas en « L'âge d'or, recueil des contes pasturaux par le berger Sylvain » (1782) y en « Livre échappé au déluge ou psaumes nouvellement découverts » (1784). Más adelante, en 1788, escribe « Apologues modernes à l'usage d'un dauphin », donde mediante la huelga general los productores proclaman la sociedad libre y los gobernantes y reyes se autodestruyen en una isla desierta : « Algún día, los trabajadores, llevados al extremo por la crueldad de los ricos, se negarán a continuar sirviéndoles y contestarán a sus amenazas : Somos tres contra uno. Nuestro propósito es de restablecer para siempre las cosas sobre sus antiguas bases, sobre el estado de cosas primitivo, es decir, sobre la más perfecta y la más legítima igualdad. Pongamos la tierra en común entre todos sus habitantes. Si hay alguien entre nosotros que tenga dos bocas y cuatro brazos, es muy justo asignémosle doble ración. Empero, si todos estamos hechos por el mismo patrón, repartamos el pastel en igualdad de condiciones. Y, al mismo tiempo, metamos todos las manos en la masa. Que todos los hombres, de una punta al otro del universo, se den la mano. »

Marechal está más próximo del anarquismo que Babeuf se imagina. Su personalidad intelectual impone el derrotero anarquista al manifiesto en muchos de sus apartados y esto origina que durante el proceso contra los « Iguales » éstos desaprueben algunos de los enunciados del manifiesto, especialmente el que dice : « Desapareced, en fin, distinciones sublevantes... de gobernantes y gobernados ».

En realidad todo el manifiesto rezuma una nitidez de expresión perfecta y en el mismo no asoma el menor atisbo de demagogia. « La inteligencia no aumenta la capacidad del estómago », dirá para aquéllos que sean partidarios de **a cada uno según su capacidad,** y añadirá : « Hay opresión cuando uno se agota trabajando y le falte todo, mientras que otro nada en la abundancia sin hacer nada... Nadie ha podido, sin cometer un crimen, apoderarse exclusivamente de los bienes de la tierra o de la industria... En una verdadera sociedad no debe haber ni ricos ni pobres ».

La obra escrita de Sylvain Marechal tiene cierta amplitud. Además de los títulos ya señalados más arriba, Marechal escribió el « Almanach des honnêtes Gens », en el que suprimió todos los santos. Colaboró asiduamente en el periódico de Proudhomme : « Révolutions de Paris ». Fue uno de los iniciadores del Calendario Republicano; en 1793 publicó su « Correctif à la Révolution », más tarde escribe « Dictionnaire des athées anciens et modernes » (1800) y acto seguido — muere en 1803 — « Pour et contre la Bible ».

El verdadero puesto de Marechal estaba junto a los « Enragés », junto a Jacques Roux, Leclerc d'Oze y Jean Varlet, los « enragés » que más se distinguieron en la Revolución Francesa. Estos serían denunciados en la barra de la Convención por la viuda de Marat, quien presenta una moción, redactada por Robespierre con toda seguridad, acusándolo, a Roux y a Leclerc de instigar « al pueblo para que éste proscriba toda clase de gobierno » (8).

Ahora bien, el ideal anarquista ha ido adquiriendo, a medida que Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Reclus y Malatesta, por no nombrar más que a unos pocos, han aportado sus sugerencias, un bagaje inmenso que ampara todas las actividades de la vida humana; empero, la jácena maestra sobre la que se apoyan las múltiples facetas del ideal libertario es **la negación del Estado** y los « enragés », en este aspecto están pisando terreno anarquista, como lo prueba la denuncia de la viuda de Marat, instrumento del dictador Robespierre.

Jacques Roux, por ironía de la Historia, fue un sacerdote, como lo había sido el propio Meslier, bien que ya había declarado y publicado que desde hacía tiempo había deseado « abandonar su estado, casarse, montar una imprenta y fundar un periódico ». Fue con atisbos de crueldad fanática que se negó a aceptar el testamento que le tendía Luis XVI al tiempo que le decía : « Yo sólo estoy aquí para llevaros al cadalso ». Jean Jaurès y A. Mathiez no regatean citas, el primero en su « Histoire Socialiste : la Convention » y el segundo en « La Vie chère et le mouvement social sous la terreur », para poner de manifiesto las veces en que Roux, producto de un período de violencia, exteriorizaba sus iras y sus odios. Su humanidad estaba llena de contrastes y si por un lado

(8) A. Mathiez. — «La vie chère et le mouvement social sous la terreur», citado por Alain Sergent & Claude Harmel: «Histoire de l'Anarchie». Le Portulan, 1949. Página 41.

lo vemos cruel frente a Luis Capeto, también veremos que adopta un huérfano y que en 1792, cuando Marat tiene que esconderse, es con Roux con quien confía bien que más tarde lo atacará sin piedad y hasta con la calumnia, obligando a Roux a echarle en cara la hospitalidad que le diera a riesgo de su seguridad física : « Durante seis días he dormido en el suelo, he hecho la cocina y hasta he tenido que vaciar le pote de tus necesidades; he hecho, en una palabra, todo lo que pude por tí, todo lo que un buen patriota podría hacer y lo que haría de nuevo para mis perseguidores y mis verdugos » (9).

El **programa** de Jacques Roux toma forma en un 1° de diciembre de 1792, cuando pronuncia su célebre discurso « Sobre el último de los Luises, sobre la persecución de los agiotistas, los acaparadores y los traidores » en la sección del Observatorio. La exposición tiene una primera parte de crítica : « Hay cobardía — dice, en tolerar a los que se apropian de los productos de la tierra y de la industria, que amontonan en los graneros de la avaricia los víveres de primera necesidad... » y una segunda parte de análisis en la que el anarquismo tiene un punto de apoyo : « El despotismo que se propaga bajo un gobierno de muchos, el despotismo senatorial es tan terrible como el cetro de los reyes, ya que tiende a encadenar al pueblo, sin que él se dé cuenta, ya que se encuentra envilecido y subyugado por las leyes que él mismo ha dictado. Empero, ciudadanos, vosotros no os habréis sacudido el yugo de los Borbones, no os habréis sustraído de la humillante dominación de los reyes para doblaros bajo el yugo de los agentes prevaricadores. Después de haber franqueado irrevocablemente el intervalo inmenso entre el esclavo y el hombre, no váis a permitir que vuestros mandatarios atenten a la legitimidad de vuestros derechos, que ellos se aparten de la opinión pública, la única en dictar leyes, mostrándose siempre recta y poderosa » (10).

Otra figura destacada de « Les enragés » es la de Jean Varlet, quien en 1792 alcanzara a tener veinte años solamente. Es la edad de la generosidad, en la que el ser humano se da completamente. La Revolución hizo de él y a ella se volcó todo entero sin apartarse del pueblo al que consideraba un punto de referencia infalible para pisar terreno firme : « Desde hace cuatro años, siempre en la plaza pública entre los grupos del pueblo, en la « sans-culotterie », entre los andrajos que estimo, he aprendido que, ingenuamente y sin coacción, los pobres diablos de los zaguanes razonan con más seguridad, más atrevidamente, que los señores, los grandes habladores, los sabios tanteadores; si éstos quieren aprender ciencia de la buena, que hagan como yo y vengan a escuchar al pueblo » (11).

(9) A. Sergent & C. Harmel. — Op. cit. pág. 52.

(10) Op. cit. pág. 54.

(11) Jean Varlet. — «Déclaration Solennelle des Droits de l'Homme dans l'Etat Social» (1793), cit. por Sergent & Harmel, pág. 59.

El pensamiento de Varlet coincide con el de Roux antes de que lleguen a cruzarse en el camino de la revolución. Como Roux, Varlet duda de que un representante pueda dejar en buen lugar el pensamiento y el sentir del representado : « inclusive sobre aquéllos que han reunido nuestros sufragios no podemos evitar la desconfianza », porque raramente se limitan a invocar la voluntad de los sufragistas y degeneran hacia el despotismo, ya que « los palacios de los reyes no son las únicas moradas de los déspotas ».

Al igual que Roux, que edita « Le Publiciste » y Leclerc, quien también aparece con el « Ami du Peuple », Varlet hace irrupción en la prensa de Paris con « L'Explosion », tan explosivo como su título lo indica. Robespierre ha sido ejecutado, pero la tiranía continúa y toca a Varlet el denunciarla desde las páginas de su portavoz : « ¡Qué monstruosidad social, qué obra maestra del maquiavelismo, en efecto, es este gobiarno revolucionario! Para todo ser que razone, **gobierno y revolución son incompatibles** ».

Varlet se anticipa a los temores que los anarquistas exteriorizaron frente a la **provisionalidad** que Marx, Engels, Lenin y el propio Stalin, aseguraban que tendría el Estado comunista : « Sentimos ahora que es necesario frenar, tenerlas por la brida, a las autoridades creadas, sin lo cual éstas se vuelven todas potencias opresoras; no busquemos el contrabalancearlas entre ellas : todo contrapeso que no sea el del pueblo mismo es falso. El soberano debe constantemente presidir el cuerpo social.

Junto con Roux y Varlet podemos incluir en las filas de « Les enragés » a Leclerc, tan joven como Varlet casi ya que había nacido en 1771. Llegado de Lyon a la vorágine parisina, Teófilo Leclerc representa un apoyo considerable para el pensamiento de « Les enragés » y lo vemos figurar en numerosos actos y comités. Crea su periódico también, « L'Ami du Peuple » (El Amigo del Pueblo), con lo que quiso dar perdurabilidad al órgano de Marat cuando éste fue asesinado por la Corday. Del número correspondiente al 30 de agosto de 1793 es lo que sigue : « Tres horas pasadas frente a la puerta de un panadero formarían un legislador mucho más competente que cuatro años de residencia en los bancos de la Convención ».

En el paralelógramo de las fuerzas, la de « Les enragés » no puede con la de los de La Montaña ni, terminado el Terror, con la de los « Termidorianos ». Las jornadas del 30 de junio, 1 y 2 de julio fueron decisivas para ellos. « Los gérmenes de los falsos insurgentes », como dice Varlet, impidió que el « Evêché », lugar donde se efectuó la asamblea del 30 de junio, que decidió llamar al pueblo a la insurrección y en cuya asamblea ejercieron gran influencia los « enragés », no se hiciera dueño de la situación en la ciudad.

La Montaña, más oportunista, tomó la iniciativa y Dantón, después de haber conseguido que la Convención votara la detención de los Girondinos se vuelve ya contra los « enragés » y procla-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

ma que « hay que hacer entrar al « Evêché » en la nada ».

El 9 Termidor y su consecuencia : Napoleón, sofocan los sentires revolucionarios de Francia. Los sociólogos franceses que, con posterioridad a la Revolución Francesa, aportan sus contribuciones en el campo de la ciencia social, si en algo se han aproximado a las ideas libertarias, ya hemos tenido ocasión de citarlos en el capítulo anterior.

Hasta Proudhon, pues, ese país no nos ofrece nada nuevo y hemos de franquear el Canal de la Mancha para dar con el más destacado y el más importante de los precursores anarquistas : William Godwin (12).

Godwin recibe, desde el otro lado del mar, los impactos de la Revolución Francesa, también. Se convierte en un crisol que recibe, generosamente, a d'Holbach, a Rousseau, a Helvetius, a Jonathan Swift. Hijo de un sacerdote, ha tenido ocasión de sumergirse en los clásicos latinos y devorar a Bacon y a Moro, Platón y Aristóteles. La severa disciplina de su padre lo llevó a ejercer como pastor presbiteriano durante cinco años pero terminó por sacudirse la carrera y volcarse definitivamente al campo de la sociología. En 1791 integra un comité patrocinador de la obra de Thomás Paine : « The Rights of Man » pero ya anda dedicado de lleno en la confección de su obra que tanta resonancia tuviera entre la intelectualidad de aquella época y que lo colocara, en forma definitiva, como el más grande precursor del anarquismo : « An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness » (1793) (Investigación acerca de la justicia política y su influencia sobre la virtud y la felicidad general).

La obra no fue perseguida por el gobierno de Pitt a pesar de que se le señaló su peligroso contenido porque la misma se vendía a un precio prácticamente prohibitivo. La esposa de Shelley e hija de Godwin al mismo tiempo dice : « He oído decir frecuentemente a mi padre que la « justicia política» escapó de la persecución porque apareció en una forma demasiado costosa para la adquisición general. Pitt observó, cuando se discutió la cuestión en el Consejo privado, que un libro de tres guineas no podía causar mucho daño entre aquéllos que no podían ahorrar tres chelines ».

La verdad fue que la obra se vendió, a pesar del precio muy rápidamente y se llegaba a constituir grupos para sufragar el costo colectivamente. En 1796 aparece una segunda edición y dos años más tarde una tercera.

Vale decir que la obra de Godwin tuvo una resonancia enorme que está muy lejos de extinguirse todavía. Es punto de referencia obligado al que tiene que acudir el estudioso de la sociología libertaria porque si bien, como hemos tenido ocasión de ver a lo largo de las páginas que preceden, el inherente sentimiento de la libertad despunta siempre en los pensamientos de avanzada, ello ha sido en forma intermitente. A partir de Godwin la negación del Estado adquiere una consistencia definitiva y los anarquistas que seguirán verán en las páginas del libro de Godwin un asidero consistente.

« Este libro — dirá Kropotkin — contiene la exposición completa y sincera de lo que más tarde ha sido propagada con el nombre de anarquismo » (13).

Quiere decir que Godwin se anticipa al adjetivo bien que afronta sin temores el vocablo en diferentes ocasiones a pesar de la injusticia etimológica de la que fuera objeto la palabra **anarquía** en su época : « No se ha comprendido suficientemente la naturaleza de la anarquía. Constituye, ciertamente, una gran calamidad, pero es menos horrible que el despotismo. Allí donde la anarquía ha causado centenares de víctimas, el despotismo ha causado millones, con el único resultado de perpetuar la ignorancia, el vicio y la miseria entre los hombres. La anarquía es de corta duración mientras el despotismo es casi permanente... La anarquía es estimulada por el despotismo. Si el despotismo no se hallara siempre en acecho, dispuesto a aprovechar despiadadamente los errores de los hombres, el fermento de la anarquía habría de evolucionar por sí mismo hacia un estado de normalidad y calma. La Razón es siempre progresiva. El error sólo puede perpetuarse cuando se le convierte en institución y se le otorgan las armas del poder » (14).

Más adelante reincide en el tema con redundancia inclusive : « La anarquía es, por su propia naturaleza, un mal de breve duración. Cuando más grandes son los errores que causa, más rápidamente se extingue... »

« A pesar de todo eso, debemos cuidarnos de la apresurada conclusión de que los males de la anarquía son más graves que los que puede producir el gobierno. En lo que a la seguridad personal

(12) Nació en Wisbeach, Cambridshire, en Inglaterra, en el año 1756. Bien que limitamos nuestro estudio a su obra «Investigación acerca de la justicia política», Godwin fue bastante prolijo con la pluma, pudiendo citar, entre otras, las siguientes obras: «The Life of Chatham» (1783), «The Herald of Literature» (1784), «Things as they are; or, the Adventures of Caleb Williams» (1794), «Considerations on Lord Grenville's and Mr. Pitt's Bills» (1795), «The Enquirer: Reflections on Education, Manners and Literature» (1797), «Memoirs of the Author of a Vindication of the Rights os Woman» (1798), «Antonio: A tragedy in Five Acts» (1800), «The Life ofGeoffrey Chaucer» (1803), «Fleetwood: or the New Man of feeling» (1805), «The History of England» (1806), «Faulkener; a Tragedy» (1807), «The History of Rome» (1809), «The History of Greece» (1811), «Mandeville: a Tale of Seventeeinth Century in England» (1817), «Of Population: An Enquiry concerning the power of Increase on the Numbers of Minkind; being an answer to Mr. Malthus's Essay» (1820), «History of the Commonwealth of England, from its Commencement, to the Restoration of Charles the Second» (1824), «Thoughts on Man, his Nature, Productions and Discoverves» (1831), «Deloraine» (1833), «Essays» (1873)...

(13) Pedro Kropotkin, — «Origen y evolución de la Moral», págs. 237-238, Americalee, 1945, Buenos Aires.

(14) William Godwin. — «Investigación acerca de la Justicia Política», pág. 243. Americalee, 1945. Buenos Aires.

se refiere, la anarquía no es ciertamente peor que el despotismo. Con esta diferencia : mientras la anarquía constituye un estado de cosas transitorio, el despotismo es, por naturaleza, de carácter permanente. »

« Queda otro aspecto donde anarquía y despotismo contrastan violentamente entre sí. La anarquía despierta las mentes, suscita energías y difunde el espíritu de empresa entre la comunidad, si bien no lo cumple del mejor modo posible, ya que sus frutos, de apresurada madurez, no pueden ofrecer la vigorosa fibra de una auténtica perfección. Bajo el despotismo, por el contrario, el espíritu es pisoteado del modo más odioso » (15).

Este último párrafo nos coloca de lleno sobre lo que Godwin considera básico para alcanzar la sociedad ideal : la educación : « En ningún país es el pueblo enemigo real de la libertad, sino aquellos estratos más altos que se aprovechan de un sistema contrario. Incúlquense opiniones justas acerca de la sociedad a cierto número de los miembros liberalmente educados y que reflexionen; dénsele a las gentes guías y maestros y el asunto está resuelto. Sin embargo esto no es para ser cumplido sino de una manera gradual, como se verá más plenamente después. El error consiste, no en tolerar las pésimas formas de gobierno por un tiempo, sino en suponer impracticable un cambio, y en no mirar incesantemente hacia adelante para su cumplimiento » (16).

« Cuando es cuadro del futuro bienestar ha sido descubierto por los espíritus más profundos, no puede esperarse que las multitudes lo comprendan antes de que trascurra algún tiempo. Es necesaria intensa divulgación, lecturas y conversaciones frecuentes, para que se familiaricen con esta posibilidad. Las nuevas ideas descienden gradualmente desde las mentes esclarecidas hasta las menos cultivadas. El que comienza con ardientes exhortaciones al pueblo, demuestra conocer muy poco acerca del progreso del espíritu humano. La brusquedad puede favorecer un propósito siniestro, pero la verdadera sabiduría se adapta mejor a un lento pero incesante avance » (17.

Godwin se opone resueltamente al concepto de que el hombre arrastra las cualidades y los defectos del que lo precede en su paso por el mundo. La mayor influencia es la del medio ambiente y su optimismo va parejo con la generación de la Ilastración de la que, temperamentalmente, forma parte. Para el hombre « no es una criatura perfecta, pero es perfectible », dirá en consecuencia : « El hombre es un producto de sus hábitos. El mejoramiento gradual constituye una destacada ley de la naturaleza. Así, cuando la comunidad llega a realizar determinada etapa del progreso, esa etapa tiene, a su vez, la virtud de contribuir a una mayor ilustración de los hombres... El intelecto humano navega sobre el mar infinito de la verdad y aun cuando avance constantemente, su viaje jamás tendrá término... Formar la mente de un joven, procurar inculcar nuevas ideas en la de una persona madura, parece significar una tarea de poca trascendencia, pero sus frutos no dejarán de hacerse sentir en forma sorprendente. El imperio de la verdad llega sin pompa ni ostentación. La simiente de la virtud germina siempre, aun cuando parezca haberse secado... » (18).

Sin embargo, Godwin ve un peligro en la educación mediatizadora « ...el principio de educación nacional debe ser rechazado en razón de su evidente alianza con el principio de gobierno. Se trata de una alianza de naturaleza más formidable que la antigua y muchas veces repudiada unión entre la Iglesia y el Estado. Antes de poner una máquina tan poderosa en manos de un agente tan equívoco, debemos reflexionar bien en las consecuencias de tal acción. El gobierno no dejará de emplear la máquina de la educación para fortalecer su propio poder y para perpetuar sus instituciones » (19).

Esta fe ciega en la evolución, en la educación que puede convertir a los hombres en ciudadanos aptos para sociedades mejores implicará la condena inexorable de Godwin hacia las revoluciones violentas : « Las revoluciones, tal como se han manifestado generalmente en el mundo, son momentos en que la voluntad y el temperamento de la nación son menos consultados » (20).

« Debemos, pues, distinguir cuidadosamente entre la acción de instruir al pueblo y la de excitarlo. La indignación, el furor y el odio deben siempre ser desplazados. Todo lo que debemos propiciar es pensamiento sereno, claro discernimiento e intrépida discusión. ¿Por qué fueron las revoluciones de América y Francia expresión unánime de casi todas las capas de la población, sin divergencias (si tenemos en cuenta las grandes multitudes que en ellas intervinieron), mientras que nuestra resistencia contra Carlos I dividió a la nación en dos partes enconadas ? Porque esta acción tuvo lugar en el siglo XVIII. Porque en los casos de América y Francia, la filosofía había difundido ampliamente los principios de libertad política; porque Sydney y Locke, Montesquieu y Rousseau habían persuadido a la mayoría de los espíritus acerca de los males de la tiranía. Si esas revoluciones se hubieran producido más tarde aún, no se hubiera derramado quizás la sangre de un solo ciudadano, ni se habría producido un solo caso de arbitrariedad y violencia » (21).

Sin duda estamos aún muy lejos del demoledor Bakunin. El anarquismo se manifiesta en forma tímida y optimista a través de Godwin. Su timidez perderá ciertos matices cuando Proudhon releve a Godwin en la misión de mantener erguida la antorcha de la anarquía. Empero, en Proudhon existirá aún la tendencia **reformista** de Godwin, la cual prevalecerá sobre la **insurreccional** que posteriormente desarrollarán Bakunin, Kropotkin,

(15) Op. cit. pág. 339.
(16) Op. cit. pág. 48.
(17) Op. cit. pág. 125.
(18) Op. cit. pág. 132.
(19) Op. cit. pág. 307.
(20) Op. cit. pág. 113.
(21) Op. cit. pág. 124.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Malatesta y la mayoría de los anarquistas.

Sin embargo la cabeza de puente del anarquismo moderno queda establecida. William Godwin ha realizado la proeza sin preocuparse de darle nombre. Esto irá a cargo de Pedro José Proudhon cuarenta y siete años más tarde. Desde que aparece la « Investigación acerca de la justicia política » la negación del Estado queda establecida sobre un sistema filosófico lo suficientemente sólido para esperar ulteriores aportaciones que le den una consistencia definitiva para presentarse en la sociología moderna en igualdad de condiciones, por lo menos, a las ideologías estatófilas.

Hemos dicho anteriormente que la jacena del ideal anarquista es la negación del Estado y a ello dedica Godwin la especulación más intensa de su libro empezando por el despotismo monárquico más absoluto y terminando con los gobiernos llamados demócratas. Muy ingeniosamente defiende la independencia de las generaciones que suceden a las que contraen un compromiso y con cáustica ingenuidad reclama que se le precisen los períodos de duración de los contratos sociales : « Poco se habrá ganado para la causa de la justicia y de la igualdad, si nuestros antepasados, al establecer la forma de gobierno bajo la cual les agradaba vivir, hubieran enajenado al mismo tiempo la independencia y la libertad de elección de sus descendientes, hasta el fin de los siglos. Pero si el contrato debe ser renovado en cada generación, ¿ qué períodos se fijarán al efecto ? Si estoy obligado a someterme al gobierno establecido hasta que llegue mi turno de intervenir en su constitución, ¿ en qué principio se funda mi consentimiento ? ¿ Acaso en el contrato que aceptó mi padre antes de mi nacimiento ? »

« En segundo lugar, ¿ cuál es la naturaleza del consentimiento que me obliga a considerarme súbdito de determinado gobierno ? Se afirma generalmente que basta para ello la aquiescencia tácita que se deriva del hecho de vivir en paz, bajo la protección de las leyes. Si esto fuera cierto, estaría demás toda ciencia política, toda discriminación entre buena y mala forma de gobierno, aun cuando se trate de un sistema inventado por el más vil de los sicofantes. De acuerdo con semejante hipótesis, todo gobierno que es pasivamente soportado por sus súbditos, es un gobierno legal, desde la tiranía de Calígula hasta la usurpación de Cromwell. La aquiescencia no es generalmente otra cosa que la elección, por parte del individuo, de lo que considera un mal menor. » (22).

Thomas Paine le sugiere el inicio de la exposición mas Godwin lo rebasa rápidamente : « Si el pueblo o los individuos que constituyen el pueblo no pueden delegar su autoridad en su representante, tampoco puede un individuo aislado delegar su autoridad en la mayoría de una asamblea de la que forma parte. Las normas que han de regular mis acciones son materia de consideración enteramente personal y nadie puede transferir a otro la responsabilidad de su conducta y la determinación de sus propios deberes. Pero eso nos lleva nuevamente al punto de partida. Ningún asentimiento nos libra de la obligación moral. Constituye ésta una especie de propiedad que no podemos enajenar y a la que no podemos renunciar y, por consiguiente, es inadmisible que un gobierno derive su autoridad de un contrato original » (23).

Del párrafo citado descuella algo que es motivo permanente en el ideario anarquista : la coacción moral que desbrozaran los estoicos y que, en la época moderna, abrazan resueltamente los anarquistas. Pero volvamos hacia la imposibilidad que existe, según Godwin y el anarquismo, de que el individuo pueda delegar y dimitir en otro su personalidad : « El abuso de la doctrina de la confianza ha dado lugar quizás a mayores desgracias para la humanidad que cualquier otro error del espíritu. Si los hombres hubieran actuado siempre según los dictados de la propia conciencia, la depravación moral no se hubiera extendido sobre la tierra. El instrumento que ha permitido perpetuar graves males a través de las edades, ha sido el principio que consintió convertir grandes multitudes humanas en simples máquinas manejadas por unos pocos individuos. Cuando el hombre obedece a su propio juicio, es el ornamento del universo. Pero se convierte en la más despreciable de las bestias cuando obra por determinación de la obediencia pasiva y de la fe ciega. » (24).

La desconfianza de Godwin hacia el Estado es, pues, absoluta : « Debemos, pues, lamentar, no su inactividad y apatía, sino su peligrosa actividad. Debemos buscar el progreso moral de la especie, no en la multiplicación de las leyes, sino en su derogación. Recordemos que la verdad y la virtud, lo mismo que el comercio, florecerán tanto más cuanto menos se encuentren sometidas a la equívoca protección de la ley y la autoridad » (25).

« La ambición y el desorden son males que los gobiernos introducen por vía directa sobre multitudes de hombres, a través de la acción de la presión material que ejercen. Pero hay otros males inherentes a la propia existencia de los gobiernos. En principio, el objeto del gobierno es la supresión de la violencia, interna o externa, que amenaza eventualmente el bienestar de la colectividad; pero los medios de que se vale constituyen de por sí una forma sistematizada de violencia » (25).

(22) Op. cit. pág. 91.

(23) Op. cit. pág. 102.
(24) Op. cit. pág. 108.
(25) Op. cit. pág. 272.

(Continuará.)

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau, Toulouse Hte. Gne.

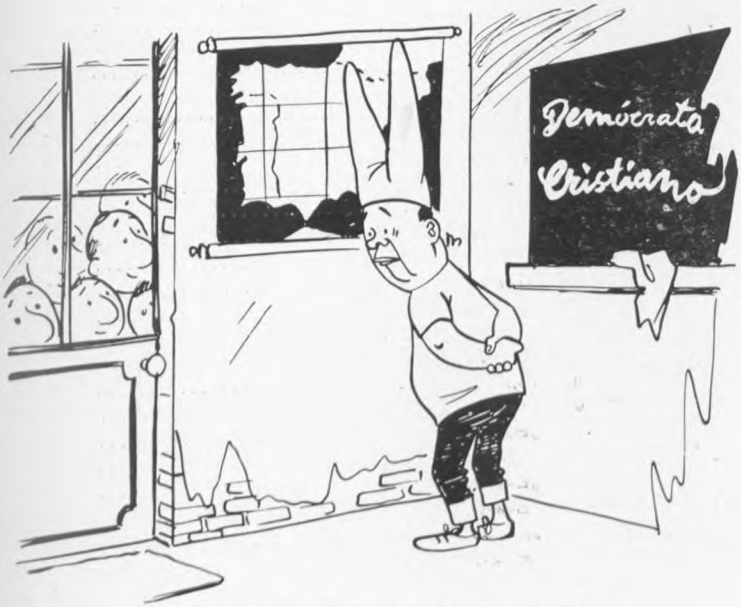
GRAFICOS DE...

Perón:

Gracias a la astucia de unos y a la idiotez de otros, me llamarán, me llamarán.

A Perón lo reclaman los sindicatos peronistas.
(Los diarios)

...AYER...



Gil Robles ha sido castigado por Franco.
(Los diarios)

(El castigado al hitlerito español)

Te juro que, como en 1936, te volveremos a llamar en cuanto te necesitemos, o como en Argentina, haremos que los hambrientos te llamen.

...Y DE HOY

Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

EN CASTELLANO

«Problemas sociales de Derecho Penal»,	5 00
«Problemas y cintarazos», J. Peiró	3 00
«Prosas», Berceos	2 50
«Psicoanálisis del hombre», G. Richard	3 00
«Psicoanálisis y Religión», E. Fromm	6 00
«Pueblos y Razas», Antología	6 50
«Puerto Chol», M. Luya	4 00
«¿Qué es el arte?», Tolstoi	1 20
«¿Qué es la sociología?», Bougle	2 00
«Quinet», Alaiz	5 00
«Racismo, Nacionalismo», Ribe	2 00
«Raíces al cielo», Rojas	3 50
«Rebeca», D. Maurier	1 80
«Régimen político y de convivencia en España», A. Zamora	4 00
«Reivindicación de la libertad», G. Ernestán	1 00
«Resplandor en el cielo», Waldick	7 00
«Retorno al amanecer», V. Baum	2 00
«Ricardo», E. Castelar	1 20
«Robespierre», Korngald	5 60
«Rojo y Negro», Stendhal	5 00
«Romance del amor», R. de León	9 00
«Romeo y Julieta», Shakespeare	1 00
«Rosas de la tarde», V. Vila	2 50
«Shopenhauer», T. H. Rileot	4 50
«Se alquila», J. Galsworthy	6 80
«Seis cuentos de un conocido», Castelmar	3 60
«Selma Lagerloff», A. Jansen	3 50
«Shakespeare», G. Landauer	12 00
«Silvia», Gerard de Nerval	1 50
«Sinónimos Castellanos», Roque Barcia	5 00
«Stefan Zueig», F. M. Zweig	4 90
«Stendhal», S. Zweig	1 20
«Teatro», Cervantes	2 50
«Teatro», Feijoo	4 50
«Teatro argentino» (dos vol.),	16 00
«Teatro completo», R. González Pacheco (dos tomos)	10 00
«Teoría de la acción», J. A. Dos Reis	2 00
«Testimonio sobre la Revolución Cubana», A. Souchy	1 40
«Traición por traición», E. Zamacois	1 20
«Tratado del encadenamiento de las ideas», Cournot	7 50
«Tratado de los deberes», Cicerón	3 00
«Tres camaradas», E. M. Remarque	3 50
«Tres maestros», S. Zweig	1 20
«Trust y Carteles», R. Lewinson	5 60
«Una hija de las nieves», J. London	6 00
«Un hombre se asoma a su pasado», C. Weyer	5 00
«Veinte años de lucha y experiencia», D. A. Porras	4 25
«24 horas de la vida», S. Zweig	1 20
«Viaje al Congo», A. Gide	4 00
«Verbo de admonición», V. Vila	2 50

EN FRANCES

«Juan de Mairena», Machado	6 90
«Juan Maragall», Corredor	3 40
«La mécanique de la vie», Le Dantec	2 00
«Le guide des convénances», Plusieurs	3 40
«Le jardin d'Epicure», A France	4 50
«Le jardin des suplices», O. Mirbeau	2 50
«Le militarisme», G. Ferrero	3 50
«L'Enéide», Delille	5 00
«L'envers du journal», Gide	3 00
«Le paradis perdu», Delille	5 00
«Le sang plus vite», García Calderón	3 75
«Les armoires frigorifiques», Degoix	5 80
«Les bandits tragiques», V. Méric	2 90
«Les Chouans», H. de Balzac	2 00
«Les damnés de la guerre», R. Mondin	2 00
«Les derniers jours de Pékin», P. Loti	2 00
«Les fleurs du mal», Baudelaire	3 10
«Les géorgiques», Delille	5 00
«Les influences ancestrales», F. Le Dantec	3 40
«Les maximes», La Rochefoucauld	2 00
«Les mystères des couvents», Princesse de Torino	4 00
«Les sorcières de Salem», A. Miller	5 50
«Les trois règnes de le nature», Delille	5 00
«Le suaire de Turin», Abbé Turmel	1 50
«Le théâtre d'Ibsen», Lourrié	2 00
«Le tourment du passé», A. Breton	4 00
«Lettres inédites sur l'inquiétude moderne»	2 50
«L'évolution des idées», Ribot	3 00
«L'imagination», Delille	5 00
«L'incubation artificielle», G. Paulan	3 10
«Livre blanc sur les camps d'internement en Espagne»	4 50
«Livre blanc sur les camps d'internement en Grèce»	4 50
«L'Unité coopérative», Fournière	1 50
«Mandateli Lassu», Galleani	2 00
«Manuel d'économie», G. Delarche	3 00
«Manuel du Bâtiment»	4 00
«Marceline Desbordes», S. Zweig	1 20
«Mauvaise graine», M. Azuela	2 50
«Mécanique de la vie», Le Dantec	1 00
«Miettes de mon enfance», Riotor	1 00
«Miséricorde», Galdos	1 00
«Notre Dame de Paris» (2 vol. 2 50 × 2 00), Victor Hugo	5 00
«Notre destinée et nos instincts»	5 25
«Œvres» (jours d'éxil), Cœurderoy	9 00
«Pensées», Pascal	9 00
«Pour assurer la paix», Besnard	2 60
«Pour vaincre sans violence», B. de Ligt	1 50
«Prêtres et moines», Dubois	5 00
«Propos subversifs», Faure	5 00
«Quais aux fleurs», Salvy	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2ème - Toulouse (H.-G.)